

# HIGINIO AGUILAR: MILICIA, REBELIÓN Y CORRUPCIÓN COMO *MODUS VIVENDI*\*

Javier GARCADIAGO  
*El Colegio de México*

## I. SOLDADO PORFIRISTA

HIGINIO AGUILAR FUE UNO DE LOS ACTORES más representativos de la contrarrevolución mexicana. Merecidamente legendario, es poco conocido aunque nada controvertible: carente hoy de simpatizantes, se le tiene tipificado como un personaje “negro” de la historia nacional.<sup>1</sup> Su rasgo más conocido es la longevidad. Militar desde mediados del siglo XIX al

\* Una versión preliminar de este trabajo fue leída en el Coloquio “El espionaje en la Historia de México” (Colima, 29 a 31 de mayo de 1991). Por lo general, las versiones publicadas son corregidas y aumentadas. En esta ocasión, el presente texto es la versión corregida y abreviada de una ponencia exageradamente larga. Lo que no está abreviado es el cariño con que dedico este trabajo a Friedrich Katz —homenajeado con dicho Coloquio—, mi profesor de ayer en la Universidad de Chicago, y mi maestro de hoy y de siempre.

<sup>1</sup> El estudio de los personajes “negros” es una de las aportaciones saludables de la reciente historiografía de la revolución mexicana. En Estados Unidos lo realizan, entre otros, Heather Fowler —Peláez—; Michael Meyer —Pascual Orozco y Victoriano Huerta—, y Peter Henderson —Félix Díaz. En México, Josefina MacGregor, Eugenia Meyer, Esperanza Tuñón y Gloria Villegas han estudiado a Huerta, y quien esto escribe presentó en 1981 una tesis doctoral sobre el tema en su conjunto. Recuérdese también que en febrero de 1989 tuvo lugar en La Casa del Lago un ciclo de conferencias sobre “La otra cara de la Revolución Mexicana. Los antihéroes”, y que un año antes la Facultad de Filosofía y Letras había organizado uno titulado “Otra cara de la historia”.

primer cuarto de éste, y siempre acorde con su tiempo, su vida fue muy activa salvo durante los pacíficos años del porfiriato, los que dedicó a realizar todo negocio posible.

Sus principales datos biográficos reflejan su enigmática personalidad. Oficialmente se le consideraba nacido en Orizaba en el fatídico año de 1847, aunque parece que nació en Puebla, hacia 1835, en el poblado de Xochitlán; sin embargo, también se ha dicho que era originario de San Andrés Chalchicomula. Las incertidumbres se duplican, pues él mismo aseguró haberse hecho soldado en fechas distintas: en ocasiones alegó haberse incorporado a la Caballería de la Guardia Nacional en marzo de 1858, aunque por lo general afirmó haberlo hecho en enero de 1861. También se ha dicho que en 1851, a los 15 años, se adhirió a un cuerpo de lanceros destacado en Orizaba,<sup>2</sup> aunque lo más probable es que su incorporación definitiva haya sido en cualquiera de las otras dos fechas. Al principio sus ascensos fueron rápidos: a mediados de 1867, al término de la guerra de intervención, era ya capitán. Aguilar mostró sus características desde entonces: fue uno de los muchos militares insatisfechos con Benito Juárez y su grupo de civiles, a los que acusaban de no premiar debidamente sus esfuerzos y sacrificios. Por ello participó en una rebelión contra Juárez iniciada en 1869. Posteriormente, al mando del escuadrón "Libres de la Montaña", actuó en las revueltas de La Noria y Tuxtepec.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Los datos oficiales, en AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 44, 47. Para las versiones alternativas véanse los obituarios en *Excelsior* (16-17 oct. 1927). Consúltese también CORDERO, 1958, 3 vols., ficha 1383, XXV-23/18. Don Antonio García Cubas consigna varias poblaciones de nombre Xochitlán, dos de ellas en la sierra norte de Puebla, que deben ser descartadas. Por lo tanto, así haya nacido en el distrito de San Andrés Chalchicomula o en Xochitlán, perteneciente al de Tecamachalco, vecino del anterior, es incuestionable que Aguilar fue originario del valle al oeste del Pico de Orizaba, en la frontera entre Puebla y Veracruz.

<sup>3</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, f. 47. En la rebelión de Tuxtepec actuó bajo las órdenes del general Rafael Cuéllar, en Puebla y en el sur de Guerrero. AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 3, f. 545. APD, leg. 13, carp. 13, f. 6403. Gracias a Georgette José Valenzuela recordé la pertinencia de consultar este repositorio documental.

La suerte de Higinio Aguilar durante el porfiriato fue contradictoria. Por un lado, desde la llegada de Díaz al poder, en 1877, a finales de 1881, estuvo al frente del Escuadrón Acultzingo, y de 1882 a principios de 1896, salvo breves interrupciones, quedó en el “depósito agregado” a la Secretaría de Guerra pero “en comisión como ayudante del Secretario del ramo”. Durante esos años sólo tuvo que participar en una breve campaña —cuatro meses entre 1893 y 1894— en el estado de Guerrero. Gracias a la estabilidad porfiriana, dedicó los últimos años del siglo XIX a labores políticas en Puebla y, a pesar de su indisciplina e incultura, a colaborar como vocal en el Consejo de Guerra de la 3a. zona militar. Por otra parte, no tuvo ascensos ni promociones.<sup>4</sup>

Miembro del Ejército Auxiliar, Aguilar no pudo explotar debidamente aquella disposición que beneficiaba a los veteranos de la rebelión tuxtepecana. Sin embargo, hubo apoyo de don Porfirio en la complacencia a su persistente mala conducta: entre 1880 y 1899 sufrió varios castigos, siempre leves. Por ejemplo, en noviembre de 1883 fue encarcelado como “castigo correccional”; un año después se le aplicó un arresto domiciliario de dos semanas; a mediados de 1885 sufrió breve prisión, por escandalizar, ebrio, y por resistir violentamente a su aprehensión. La levedad de los castigos explica las reincidencias: a finales de 1887 volvió a escandalizar, otra vez ebrio, oponiéndose de nuevo a ser detenido, y a finales de 1896 estuvo preso por “abuso de confianza y fraude”. Desde un principio se supo que era corrupto, pero se decidió no proceder contra él pues hubiera sido “gravemente peligroso” para el tipo de estabilidad y paz que se buscaban, y por el apoyo que lo respaldaba. A finales de 1881 y principios de 1882 su fuerza fue disuelta y él temporalmente declarado en “receso”.<sup>5</sup> ¿Quién lo protegió, de-

<sup>4</sup> Había operado ya en Guerrero, en la campaña de pacificación contra los inconformes por la llegada de Díaz al poder. Respecto a su vocalía en el Consejo de Guerra, tan pronto fue designado se presentó a la superioridad para “recibir ordenes”. AHSDN, C, XI/III/1-1/t.1, ff. 47, 49-50; t. 3, f. 545; t. 4, ff. 904, 944, 956.

<sup>5</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t.1, ff. 51-52, 55, 146-147, 153, 155-156,

terminando su permanencia en el ejército? Más importante: ¿por qué Higinio Aguilar no obtuvo enseñanza alguna de tan seria advertencia?

El tipo de castigos que le aplicaron sólo pueden explicarse por la protección del gran caudillo al militar siempre partidario suyo. Son evidentes las demostraciones mutuas de simpatía: mientras Aguilar era excesivamente elogioso cada vez que escribía a Díaz, éste era muy obsequioso con sus solicitudes.<sup>6</sup> Fue por disposición del propio presidente que, luego de su escándalo de 1885, pasara “en comisión” al Estado Mayor del secretario de Guerra. El objetivo era obvio: protegerlo controlándolo. Al cabo de dos años volvió al Depósito de Jefes y Oficiales, pero permaneció “comisionado en la propia Secretaría”. El mayor problema que enfrentó por entonces fue a principios de 1888, cuando se le acusó de participar en la publicación y distribución de una proclama de carácter subversivo, acusación que resultó gratuita.<sup>7</sup> La ideología de Higinio Aguilar y la naturaleza de los tiempos hacían inverosímil tal acción. Lo único que pudo haberla motivado fue la oposición de don Porfirio al Ejército Auxiliar y a la Guardia Nacional, y la consecuente falta de promociones a sus elementos.

En efecto, si bien se toleró su constante indisciplina, lo cierto es que Aguilar casi no obtuvo ascensos durante el porfiriano: de 1877 a 1909 permaneció como coronel de Caballería. En el fondo, la explicación radica en que era un miembro paradigmático del Ejército Auxiliar. Desde su llegada al poder Díaz intentó conformar un ejército más cientí-

165, 177-178, 207, 209, 211, 226, 230; t. 2, ff. 313, 315, 317, 320, 406, 412, 419, 422, 424, 427, 435; t. 3, ff. 511, 584, 588, 607, 615, 709, 798, 839; t. 4, ff. 846, 858, 863.

<sup>6</sup> APD, leg. 9, carp. 5, f. 2100; leg. 10, carp. 5, f. 2212; leg. 11, carp. 27, f. 13423. Aunque no está documentado en su expediente, la leyenda dice que Aguilar ayudó a Porfirio Díaz un par de veces, en situaciones de extrema urgencia, durante sus correrías juveniles. Véase *Excelsior* (16-17 oct. 1927).

<sup>7</sup> La sublevación en la que supuestamente estaba involucrado tuvo lugar en Puebla y en Amecameca. Véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 2, f. 438; t. 3, ff. 567, 625, 629, 688. APD, leg. 13, carp. 13, ff. 6403-6404.

fico, más profesional, relegando a los militares improvisados. Además, por la estabilidad de su gobierno, los militares no podían obtener ascensos mediante méritos en campaña, pues casi no las hubo. Las labores que daban lugar a promociones durante el porfiriato no podían ser realizadas por un militar sin estudios como Higinio Aguilar, típico ejemplo también, por sus bajos orígenes sociales y su mayor indisciplina, del soldado auxiliar.<sup>8</sup> En más de un sentido cambió su suerte durante los primeros años del siglo XX, a pesar de que persistió en su costumbre de adquirir adeudos y de desconocerlos en lugar de liquidarlos. Como fue descrito por entonces, Aguilar debía “a muchos” pero “a nadie” pagaba, consecuencia, finalmente, de sus limitados ingresos. Eran constantes los descuentos solicitados o forzados de parte de sus haberes, así como las presiones y reconvenciones para que viviera con honorabilidad, cumpliendo sus deberes civiles y sus obligaciones morales, pues su conducta resultaba “perjudicial al buen nombre del Ejército”.<sup>9</sup>

Sorprende que a pesar de su manifiesta incapacidad y de tantas quejas y denuncias por motivos disciplinarios, los últimos años del porfiriato le resultaran promisorios: en abril de 1900, luego de 40 años de antigüedad, se convirtió en coronel de Caballería del Ejército Permanente, y en marzo de 1909 fue hecho general brigadier.<sup>10</sup> ¿Se debió esto último a la necesidad de Díaz de contar con un ejército más leal a él que a la institución o que a cualquier otro jefe? ¿Buscó don Porfirio promover a un militar no adicto a Bernardo Reyes? ¿Fue el reconocimiento a su participación en un par de campañas pacificadoras recientes? ¿Acaso fue una simple actitud

<sup>8</sup> El presente caso confirma plenamente la tesis sostenida en HERNÁNDEZ CHÁVEZ, 1989, pp. 271-275.

<sup>9</sup> En más de una ocasión quedó a deber el arriendo de su casa-habitación, el mobiliario y la hechura de su vestuario militar. Es más, un adeudo suyo con un súbdito italiano provocó un engorroso problema diplomático entre 1903 y 1905. Véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 4, ff. 984-985; t. 5, ff. 1016, 1041, 1047-1048, 1052, 1057, 1063, 1065, 1072, 1199, 1212; t. 6, f. 1428. APD, leg. 12, carp. 1, f. 62.

<sup>10</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, f. 53; t. 10, f. 2452.

generosa y nostálgica, propia de un hombre en proceso de envejecimiento?

Es indudable que todos estos factores hicieron de esos años los únicos con promociones para Higinio Aguilar. Fueron, también, años de considerable actividad: entre fines de 1906 y principios de 1908 operó contra los rebeldes magonistas del norte de Coahuila. Su capacidad y conducta fueron insatisfactorias para algunos: mientras el general Alberto Rasgado declaró que Aguilar había logrado “la completa pacificación de aquella región”, Lauro Villar solicitó que fuera relevado del cargo, acusándolo de “desobediencia”. Aunque la Secretaría de Guerra dispuso en un principio que permaneciera en su puesto —enésima demostración del apoyo presidencial—,<sup>11</sup> el rechazo de Villar era tal, que insistió y logró que fuera trasladado del noreste a Sonora. El cambio le permitió colaborar en la represión a otro de los principales movimientos opositoristas de finales del porfiriato. Si en Coahuila combatió a “malhechores” y “revoltosos” instigados por el “sedicioso socialista” Ricardo Flores Magón, en Sonora luchó, de abril de 1908 a principios de 1909, contra los yaquis rebeldes. ¿Fue en verdad elogiable su actuación en ambas campañas, o para su ascenso volvió a ser favorecido por el presidente? Es evidente que influyó este último: Higinio Aguilar dijo a Lauro Villar que sus aparentes desobediencias se debían a que recibía “órdenes reservadas de la Superioridad”.<sup>12</sup> ¿En verdad don Porfirio le asignó responsabilidades secretas? ¿Solapó, simplemente, a uno de sus partidarios más leales y tempranos? Como quiera que haya sido, en marzo de 1909 fue hecho general brigadier, luego de aproximadamente 50 años de servicio.

<sup>11</sup> En 1911 Aguilar reconoció haber recibido “innumerables” favores de parte de Díaz. Véase APD, leg. 36, carp. 8, f. 3712. Siempre se aceptó que don Porfirio “lo distinguió durante toda su administración”. Véase *Excelsior* (16 oct. 1927).

<sup>12</sup> Sobre su actuación en Coahuila, AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 3, f. 558; t. 5, ff. 1138, 1177-1178, 1196, 1218; t. 9, f. 2070. AFD, M, carp. 1, doc. 57-b. Sobre Sonora, AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 3, ff. 558-559; t. 5, f. 1138; t. 6, f. 1279; t. 9, f. 2070.

El ascenso al generalato no fue su único premio. Tampoco fue el mejor. Su designación como jefe político del rico distrito de Cuernavaca resultaba la más generosa de las pensiones y un típico pago-obsequio de don Porfirio. Aunque es probable que Aguilar conociera a Pablo Escandón, el flamante gobernador de Morelos, puesto que éste era el jefe del Estado Mayor Presidencial, es evidente que debió su nombramiento a Díaz, preocupado por restaurar el principio de autoridad en la entidad, erosionado durante la campaña electoral local.<sup>13</sup> Resulta sorprendente que, dada la inexperiencia político-administrativa de Higinio Aguilar, se le atribuyeran tales capacidades.

La reducida inteligencia de Aguilar y su afición por las pequeñas corruptelas lo hicieron perder el empleo en un par de meses. En efecto, a mediados de 1909 tuvo que renunciar por el escándalo que provocó al pretender esquilmar la herencia de un retrasado mental. Para colmo, al entregar el puesto se descubrió un fraude. En un primer momento aseguró que el dinero faltante —cerca de 1 500 pesos de ahorros de pueblos del distrito, los que planeaban utilizar en mejoras materiales— “le había sido robado de la oficina”. Dado que la coartada era inverosímil, por la falta de rastros de violencia en su escritorio, tuvo que confesarse culpable de haber dispuesto del dinero “para asuntos privados”. Segundo: aunque devolvió la cantidad antes de que se pronunciara la sentencia, resultó condenado a pasar cerca de año y medio en prisión; además, quedó proscrito para cualquier puesto gubernamental por diez años.<sup>14</sup>

Por lo difícil de su situación, Higinio Aguilar apeló a su protector de siempre. En esta ocasión don Porfirio no fue el escudo invulnerable: a pesar de promesas anteriores, esta vez no le dio audiencia, y en cambio permitió que Pablo Escandón le hablara “pésimamente de él”. De manera más conmovedora que convincente, Aguilar aseguró a Díaz que

<sup>13</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 62, 64; t. 6, ff. 1297, 1299. Mayores datos sobre Pablo Escandón y su contienda electoral con Patricio Leyva, WOMACK, 1969, pp. 16-36.

<sup>14</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 6, ff. 1311, 1319, 1349-1350. AFLB, M, carp. 2, doc. 179.

todo se debía a “maquinaciones” de sus innumerables “enemigos gratuitos”, como Escandón, interesado en que dejara un puesto que debía únicamente a don Porfirio, pues “jamás” había cometido fraude o malversación alguna. Es evidente que la sensibilidad de Díaz fue estimulada cuando le dijo “bijejo amigo”, “benemérito” e “hilustre”. Como consecuencia, don Porfirio presionó a Escandón para que diera una solución legal al conflicto, sobre todo porque Aguilar permanecía en prisión semanas después de haber purgado su sentencia. Tan pronto quedó libre, a principios de 1911, se puso a las órdenes de Díaz, quien le sugirió presentarse en la Secretaría de Guerra “para prestar sus servicios”. Así, luego de casi año y medio de encarcelamiento, Higinio Aguilar volvió a ingresar a la plana mayor del ejército, a tiempo de luchar contra el alzamiento maderista.<sup>15</sup>

## II. CONTRARREVOLUCIONARIO TÍPICO

Mayor de 70 años y deteriorado por su reciente estancia en prisión, Aguilar carecía de prestigio al inicio de la lucha maderista. Sin embargo, se explica que se le diera otra vez mando de fuerzas por la gravedad imprevista de la rebelión, pues Díaz tuvo que utilizar a todos sus elementos. Aun así, se le confió un puesto secundario: mayor de Órdenes de Culiacán, cuya defensa dirigió “hasta su rendición”, a principios de junio. Según el médico y poeta Enrique González Martínez, por entonces secretario de Gobierno de Sinaloa, durante el sitio de Culiacán dejó ver “su empeñosa conducta y su valor nunca desmentido”; según él, Higinio Aguilar prefirió sacrificar su “amor propio” de soldado a que los habitantes de Culiacán sufrieran “males mayores”, por lo que, en lugar de persistir en la defensa de la plaza, la entregó y se concentró en Guaymas, Sonora, donde quedó como jefe de las operaciones. Días después, luego de la capitula-

<sup>15</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 62-66; t. 6, ff. 1341, 1345, 1350-1353, 1360, 1365. APD, leg. 34, carp. 28, ff. 13644-13646; leg. 36, carp. 8, ff. 3533, 3711-3713, 3741-3745.



ción de don Porfirio, Aguilar quedó en disponibilidad, pasando a la ciudad de México a finales de julio.<sup>16</sup>

Es indudable que Higinio Aguilar sufrió una severa “miopía” histórica. Seguramente influido por su propia edad, a principios de 1911, ya con el alzamiento maderista en ascenso, deseaba al octogenario Porfirio Díaz “larga vida con salud, para bien de la Patria”. Asimismo, víctima de su soberbia y de su pobre capacidad de diagnóstico sociopolítico, al marchar a Sinaloa a combatir a los rebeldes mostró su desprecio por éstos, encargando a un abogado que gestionara el pago de los haberes que había dejado de percibir durante su “injusto” encarcelamiento en Morelos. Debió haberle resultado evidente su declive, pues el gobierno provisional de Francisco León de la Barra rechazó su solicitud. Es obvio que Aguilar advirtió que la amenaza era a él y al gremio; que su futuro, y el de sus pares, era peor que sombrío. Si antes había sido especialmente dúctil para adaptarse a la naturaleza del porfiriato —incluso había colaborado para desplazar a los regímenes civilistas precedentes—, jamás digirió la llegada del maderismo y del carrancismo, pues significaron el fin de las prebendas de los militares del antiguo régimen; jamás aceptó que el ejército porfirista fuera remplazado por uno revolucionario. En su caso, a la toma del poder por Madero fue nombrado “visitador de forrajes” en la Comandancia Militar de la Ciudad de México.<sup>17</sup> La ostensible afrenta lo hizo conspirar inmediatamente contra el nuevo gobierno.

Higinio Aguilar comenzó su larga lucha contrarrevolucionaria luego de escasas semanas de iniciado el régimen maderista. Su primera aventura fue apoyar, distribuyendo “propaganda sediciosa”, el alzamiento reyista. Peor aún, parece que llegó a realizar preparativos para rebelarse y a planear un magnicidio contra Madero. Aguilar fue apre-

<sup>16</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 63-64; t. 6, ff. 1372, 1376, 1384, 1405, 1408, 1428, 1434, 1442. Antes de partir rumbo a Sinaloa, Aguilar adquirió varias prendas de ropa militar, quedándolas a deber, como siempre, y negándose a liquidar su adeudo.

<sup>17</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 1386-1388, 1390, 1393-1394, 1396, 1398, 1447. APD, leg. 36, carp. 8, f. 3713.

hendido, junto con el general Melitón Hurtado, ebrio consuetudinario, antes de que intentara asesinar a Madero o de que pudiera incorporarse al fallido movimiento reyista —concediendo que lo pretendiera sinceramente. Sin embargo, tan pronto quedó libre, a mediados de 1912, tomó otra vez las armas contra el gobierno.<sup>18</sup>

La secuencia de su levantamiento fue típica: en libertad provisional desde finales de junio, a principios de septiembre dejó de presentarse a la obligada revista. Luego de varios citatorios y obvias vacilaciones de sus familiares para informar sobre él, fue acusado de “deserción y rebelión”. A los pocos días se tuvo que proceder en su contra, pues encabezaba ya una partida, como de 80 hombres, que merodeaba por Tehuacán. A pesar de ser un anciano de “larga” barba y cabello blanco, con un bigote similar aunque manchado “por el humo del cigarro”, su levantamiento causó temores al gobierno. Por su parte, el embajador norteamericano no demoró en informar a Washington que se rumoraba que sus hombres aumentaban “rápidamente”, que había aniquilado a una fuerza maderista como de 200 soldados, y que antes de terminar septiembre había tomado varios pueblos en Veracruz.<sup>19</sup>

Cierto es que su movimiento comenzó con buena parte de los cuerpos rurales de Tehuacán, luego de acabar con los leales a Madero; que para mediados de octubre sus hombres ascendían a 1 000, y que se habían desplazado a la frontera con Veracruz, operando por Esperanza, Acultzingo y Maltrata. Cierto es también que se rumoró que atacaría Oriza-

<sup>18</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 62, 66, 75; t. 6, ff. 1454, 1456, 1458, 1467; t. 10, f. 2385. El entonces comandante militar de la ciudad de México, general Lauro Villar, aseguró que la labor propagandística de Aguilar no había tenido impacto en la población. Véase AFLB, M, carp. 2, doc. 179. En cuanto a preparativos militares, llegó a dar nombramientos, indistintamente, en el Ejército Republicano o Restaurador o Regenerador Constitucionalista, distinto del ejército reyista, llamado simplemente Constitucionalista. Véase CASASOLA, 1973, II, p. 430. Detalles sobre la conspiración y detención de Aguilar y Hurtado en *El Imparcial* o *El País* (18 y 19 dic. 1911).

<sup>19</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, f. 75; t. 6, ff. 1469, 1472, 1475-1476, 1479, 1482; t. 11, f. 2623.

ba, cuya rendición pidió. Sin embargo, eran desmedidos los objetivos de su estrategia, de reclutar 10 000 hombres y ocupar Córdoba y Veracruz. Las versiones sobre la lucha de Higinio Aguilar contra Madero son muy disímbolas. Hay quien sostiene, incluso, que llegó a dominar parte de los estados de Puebla y Veracruz. Lo que es indiscutible es que la rebelión de Félix Díaz, en octubre, distrajo o involucró a fuerzas que lo combatían a Aguilar, como las del general Joaquín Beltrán o las del coronel Díaz Ordaz, lo que Aguilar aprovechó para incrementar sus actividades: en enero de 1913 tuvieron que pedirse refuerzos para combatir a su gavilla.<sup>20</sup>

¿Qué buscaba Higinio Aguilar al luchar contra Madero? ¿En qué consistió su movimiento? ¿Era una revancha personal, o debe ser visto como parte de un movimiento más serio y profundo? Su principal colaborador fue, significativamente, Gaudencio de la Llave, cercano en edad y similar en capacidades, moralidad e ideología. En efecto, habían participado juntos en la rebelión antijuarista de 1869, y juntos permanecieron en armas contra Juárez y contra Lerdo, operando en favor de Porfirio Díaz en la región de Zongolica y de Orizaba, de donde era originario De la Llave, quien además aportó a sus hijos, uno de los cuales —su homónimo y primogénito— terminó siendo el jefe del Estado Mayor de Aguilar.<sup>21</sup> Preso Bernardo Reyes y todavía en paz Félix Díaz, el alzamiento no pudo surgir en favor de alguno de ellos. Sin embargo, fue un típico movimiento militarista: fir-

<sup>20</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 10, f. 2454. AHSDN (f. L. M.) 481.5/312/ff. 510-511. *Gil Blas* (10 oct. 1912), en ABR, C, carp. 40, f. 7981. AFD, M, carp. 1, doc. 68-a. *DMR*, VIII, pp. 64-65. LA FRANCE, 1989, p. 183. Juan Barragán asegura que la prensa exageró la fuerza de la lucha antimaderista de Aguilar. Véase BARRAGÁN, 1985, I, p. 20.

<sup>21</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 3, f. 509. El expediente de Gaudencio González de la Llave consta de seis volúmenes y se encuentra en AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 3, ff. 1-90. Para su participación en las revueltas de La Noria y Tuxtepec, véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 2, 14, 35-37, 72; t. 2, ff. 281, 284-286, 293. Parece que sus otros hijos eran Porfirio y Patricio. Véase LA FRANCE, 1989, p. 183. Para las actividades de Gaudencio hijo en la rebelión, véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 1-90, t.3, ff. 578-579.

mado por Higinio Aguilar, Gaudencio de la Llave hijo, Benjamín Rodríguez y “tres generales y siete coroneles” en ausencia, su “plan” fue formalmente promulgado después por el Ejército Restaurador de la República, a pocas semanas de iniciado el movimiento aguilarista y días después del fracasado alzamiento de Félix Díaz. ¿Tuvo alguna relación con éste el levantamiento aguilarista? ¿Fue un prolegómeno para palpar las respuestas del gobierno, del Ejército Federal y de la opinión pública? ¿Fueron movimientos de simpatizantes suyos, para obligarlo a rebelarse y asumir la jefatura? ¿Es una casualidad que los dos tuvieran como escenario la región central del estado de Veracruz? ¿Fueron, acaso, manifestaciones independientes de la insatisfacción de los altos jerarcas del Ejército Federal?

El “plan”, comprensiblemente, no menciona a Bernardo Reyes o a Félix Díaz, ambos ya en prisión para esas fechas. Apelar a ellos hubiera sido inútil y torpe. Consciente de su reducido prestigio y jerarquía, Aguilar no se autopostuló como jefe del movimiento sino que propuso para ello a Gerónimo Treviño, uno de los pocos caudillos auténticos que quedaban en el ejército. Alegó para ello sus antecedentes de luchador contra la intervención francesa, su capacidad de mando, su mesurada ideología y su calidad moral. Higinio Aguilar apeló a sus compañeros de armas para que se unieran en torno a Treviño y retiraran su apoyo a Madero, a quien acusaba de mancillar al Ejército Federal al “llevar a su seno elementos —‘verdaderos bandoleros’— que lo manchan y lo deshonoran”. Melodramáticamente aseguró que permanecer leal al gobierno de Madero era colaborar en una obra “de ruina y desolación”, muy distinta a la obediencia militar exigible.

El rasgo fundamental del “plan” era su espíritu castrense. El Ejército Federal era llamado “timbre de gloria” de los mexicanos, y proponía que Madero, Pino Suárez, los gobernadores y los congresos federal y locales fueran sustituidos por los jefes militares que en cada entidad encabezaran el movimiento. Además, el “plan” era notoriamente conservador: no sólo criticaba a Madero, acusándolo de corrupto, dictatorial, inepto y nepotista, y diagnosticándolo como

“desequilibrado”, “inconsciente y vacío”, sino que criticaba a la revolución mexicana *per se*, acaecida “en mala hora” y portadora de “ruina” y “misericordia”, al haber “despertado apetitos insanos” y “elevado nulidades o malvados”. Producto de su nacionalismo conservador, pero también pretexto de la derrota del Ejército Federal, en el “plan” se aseguraba que el gobierno de Madero era producto de la protección norteamericana, “deshonra” que podría convertirse en “pérdida de nuestra nacionalidad”. Para Aguilar y sus compañeros no había otra alternativa que derrocar a Madero e instalar un gobierno “fuerte y respetable”, único capaz de encauzar al país “por la senda del orden y del progreso” y de lograr “el adelanto moral, político y material del país”.<sup>22</sup>

La respuesta tuvo que haber sido muy reducida. Luego de los fracasos de Bernardo Reyes y Félix Díaz, los miembros del Ejército Federal y la opinión pública desconfiaban de movimientos con características similares. Peor aún, el poder de convocatoria de Higinio Aguilar era mínimo, incluso entre sus compañeros: resultaba irónico que alguien con sus antecedentes apelara al honor militar y criticara la incapacidad y la indisciplina de los revolucionarios. Además, Treviño era un hombre anciano, retirado desde hacía muchos años de la vida militar activa y mortal enemigo de Reyes y de los reyistas, grupo aún influyente en el Ejército Federal. Para colmo, todo parece indicar que el treviñismo de Aguilar no era ni espontáneo ni institucional: en 1909, cuando Treviño fue reactivado para hostilizar a Bernardo Reyes, se rumoró que Aguilar sería uno de sus colaboradores. En todo caso, su antirreyismo y su treviñismo dificultaron cualquier probabilidad de éxito.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> PNM, VII, pp. 222-224. También, en PP, pp. 245-250.

<sup>23</sup> ABR, C, carp. 39, f. 7727. Para Gerónimo Treviño, véase MEYER, 1967. El nombre de Treviño también fue usado como bandera de rebelión por otros, aunque siempre fueron desautorizados. Véase DHRM, t. VII, doc. 605; t. IX, doc. 1123. El apoyo de Aguilar a la rebelión de Reyes de finales de 1911 no desmiente su antirreyismo sino que es un ejemplo más de su inveterado oportunismo político.

En efecto la respuesta a su llamado fue magra, lo que se confirma al constatar que en diciembre de 1912, a mes y medio de promulgar su "plan", Higinio Aguilar insistió en convocar al "valeroso y abnegado" Ejército Federal. Se confirman también su ideología conservadora y su falta de rigor y seriedad: si el "plan" había sido firmado por el Ejército Restaurador de la República, el "llamamiento" se hizo en nombre del Ejército Nacional Constitucionalista; por otro lado, insistió en acusar de ilegítimo y traidor al gobierno de Madero, quien, según él, detentaba el poder "debido a la alucinación momentánea de los analfabetas" y a elecciones obviamente fraudulentas.<sup>24</sup>

Los acontecimientos de principios de 1913 en la ciudad de México influyeron directa e inmediatamente en la vida de Aguilar. Con la llegada de Huerta al poder siguió operando como soldado, aunque ya no como rebelde sino como represor de alzados. Fue uno de los primeros que reconoció al gobierno de Huerta, el que se desistió de los cargos de "rebelión y desertión" en su contra. Higinio Aguilar volvió así al Ejército Federal, al que sus hombres fueron incorporados "como fuerza irregular". Con tal de lograr el apoyo del mayor número posible de miembros del Ejército Federal, Huerta y Manuel Mondragón, su primer secretario de Guerra y famoso por corrupto, acordaron favorablemente su solicitud de que se le pagaran los haberes no cobrados durante el tiempo que había estado en armas contra Madero.<sup>25</sup> Resulta difícil precisar hasta qué grado Aguilar condicionó su apoyo a la obtención de ciertas canonjías, o si lo motivó el carácter militarista del gobierno usurpador.

Sus actividades militares como huertista no correspondieron a sus maniobras políticas ni a los favores administrativos que recibió. Luego de que fracasaron los intentos de avenimiento con los zapatistas, Huerta dispuso que Higinio Aguilar colaborara en la campaña de Morelos, a donde llegó

<sup>24</sup> Este documento también en *PNM*, VII, pp. 224-225.

<sup>25</sup> *AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 6*, ff. 1496, 1498; *t. 7*, ff. 1520, 1527, 1530; *t. 10*, f. 2423; *t. 11*, ff. 2626, 2744. CASASOLA, 1973, II, p. 558. HENDERSON, 1981, p. 88. Respecto a Mondragón, véase HERNÁNDEZ CHÁVEZ, 1989, p. 284.

a finales de marzo, al frente de 200 hombres organizados en dos regimientos, de nombres Porfirio y Félix Díaz. Si políticamente pretendió imponer el huertismo entre los morelenses pacíficos, militarmente le correspondió operar en la región de Cuautla y Jonacatepec, plaza que defendió a mediados de abril, al ser atacada por más de 2 000 zapatistas. Por la superioridad numérica de éstos, su pronto dominio de casi toda la ciudad, la presión del cura para que se evitaran mayores daños a la población y la falta de municiones, Aguilar entregó la plaza un par de horas antes de que le llegaran refuerzos. Fue hecho prisionero junto con todos los sobrevivientes, y liberado un par de días después, aparentemente por motivos propagandísticos, quedando comprometido a no volver a luchar contra el zapatismo. ¿Es creíble el supuesto afán propagandístico de Zapata, cuando por otro lado criticaba abiertamente a Huerta y mantenía prisionero a su emisario de paz, el padre de Pascual Orozco? ¿Qué tan factible es que la pronta liberación de Higinio Aguilar haya sido el pago por su capitulación en Jonacatepec?

La sinuosidad de su conducta durante esos días es incuestionable: Aguilar se presentó a las autoridades huertistas un mes después de su liberación. Se le acusó de haber permanecido voluntariamente en los campamentos zapatistas, pero él alegó que había elogiado y apoyado al zapatismo sólo para salvar su vida. Sin embargo, lo cierto es que Higinio Aguilar no se limitó a adular a Zapata sino que les impartió enseñanzas militares y les organizó un sistema de compra de armas y municiones a oficiales huertistas corruptos. El intento de engaño no pasó inadvertido para el intuitivo y suspicaz Huerta, aunque hubiera regresado “en un estado lamentable”, prueba, según Aguilar, de que lo habían tenido virtualmente preso todo ese tiempo. Si bien logró que no se investigara sobre su verdadera conducta, fue transferido para que operara contra las fuerzas constitucionalistas del nores-te.<sup>26</sup> Su periodo huertista tuvo que resultarle incómodo,

<sup>26</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1505, 1516; t. 11, f. 2638. AVC, carp. 100, doc. 11395. SÁNCHEZ LAMEGO, 1979, pp. 24, 27-29. CASASOLA, 1973, II, p. 600. Hay fuentes que contradicen la supuesta falta de muni-

pues el calor de Morelos y la humedad del golfo contrastaban con el clima templado de sus valles a las faldas del Pico de Orizaba.

La desconfianza de Huerta quien además no simpatizaba con Higinio Aguilar, tuvo que ser considerable, pues éste volvió a cargos de responsabilidad militar hasta a mediados de año, después de un par de meses “de descanso”, cuando tuvieron que usarse todos los elementos del Ejército Federal en un vano intento por contener a los alzados. Fue de los generales huertistas que perdieron Ciudad Victoria a mediados de noviembre; posteriormente colaboró en las defensas de Altamira y plazas aledañas, haciéndolo, al decir de su jefe, “con pericia y ardimiento”. Esto le valió el ascenso a general de brigada, aunque también influyó el deseo de Huerta de conservar la lealtad de su ejército. A mediados de mayo de 1914 evacuó Tampico, junto con las demás fuerzas gobiernistas, replegándose a través de El Ébano, sin combatir, rumbo a la capital del país. Aunque se asegura que durante la travesía por las Huastecas impuso a sus fuerzas “orden, moralidad y disciplina”, fue acusado de tomar pertenencias de un alto empleado de la Compañía Petrolera El Ébano y de complicidad en un homicidio. Luego se le acusó, también, de que días antes de la debacle huertista fusiló a siete personas involucradas en una conspiración en la capital del país.<sup>27</sup>

---

ciones sufrida en Jonacatepec, pues aseguran que el botín militar tomado por los zapatistas fue “inmenso”. Asimismo, hay quien transcribe la alocución de agradecimiento de Aguilar a Zapata, donde usó palabras como “magnanimidad” y la que concluyó solemnemente, jurando “por mi honor y el de mis hijos, que sin descanso lucharé por el triunfo de la causa que desde ahora a mí también pertenece”. Véase MAGAÑA, 1985, III, p. 186. WOMACK, 1969, p. 167.

<sup>27</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 1, ff. 75-76, 138; t. 7, ff. 1532, 1534-1535, 1538, 1541, 1543, 1547, 1558; t. 9, ff. 2068-2069; t.11, ff. 2649-2650, 2655, 2660. AVC, carp. 45, doc. 4986; carp. 54, doc. 5936; carp. 95, doc. 10730. BARRAGÁN, 1985, I, pp. 290-291, 474. CASASOLA, 1973, II, p. 621; III, p. 793. Recuérdese que cuando Aguilar fue aprehendido al tratar de asesinar a Madero, Huerta hizo un brindis por su captor y una terrible condena contra el desleal militar. Véase ROBLES, 1955.



## III. MÚLTIPLES ALTERNATIVAS

A partir de la segunda mitad de 1914 se invirtieron de nuevo los papeles: el gobiernista Aguilar se hizo rebelde, y los rebeldes se hicieron gobierno. Previsiblemente, desconoció los tratados de Teoloyucan, y con los “irregulares” huertistas Benjamín Argumedo y Juan Andréu Almazán se alzó en armas contra don Venustiano en la zona de Tehuacán. El jefe carrancista en la región intentó actuar de inmediato para destruirlo “por completo”. Sin embargo, el número de los alzados, ex federales en su totalidad, creció rápidamente hasta llegar a 3 000, por lo que sus fuerzas, carentes de parque, resultaron insuficientes para cortarles la retirada.<sup>28</sup>

Para precisar y legitimar su postura lanzaron un “Plan Revolucionario” en el que alegaban que los tratados de Teoloyucan no habían sido aprobados “por las Cámaras”.<sup>29</sup> En realidad, lo que preocupaba a Higinio Aguilar no era la ilegalidad sino que la disolución del Ejército Federal amenazaba fatalmente su *modus vivendi*. Como siempre había vivido de la profesión militar, le resultaba casi imposible cambiar, por lo que se rebeló para que las armas siguieran siendo su *modus operandi*. Aunque por su edad parecía más conveniente que aceptara el armisticio que implicaban dichos tratados y viviera en paz su vejez, prefirió comenzar

<sup>28</sup> AVC, carp. 13, docs. 1338, 1357; carp. 145, doc. 16790. Los Tratados de Teoloyucan, de agosto de 1914, obligaban a los soldados federales a disolverse y a disciplinarse al nuevo gobierno, aunque formalmente la disposición podía interpretarse como menos perentoria para los “irregulares”. Era obvio que Aguilar no habría de reparar en tecnicismos legales. Acaso resulte sorprendente que se haya lanzado a la lucha con “irregulares” incorporados al Ejército Federal por Huerta, cuando que en 1912 se había alzado en armas contra Madero por la incorporación de elementos similares. Sobre los Tratados de Teoloyucan, véase ARENAS GUZMÁN, 1964. Sobre Argumedo, véase RUIZ, 1980. Acerca de la actitud de Aguilar, véase BARRAGÁN, 1985, I, pp. 53-55.

<sup>29</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1, t. 9, f. 2068. AJA, M, VIII-3, carp. 1, doc. 9. AGMC, c. 27, exp. 12, f. 198. Almazán asegura que Aguilar no firmó el “plan”, por su espíritu agrarista. Al respecto, véase el capítulo conducente de sus memorias, en *El Universal* (10 feb. 1958).

una nueva etapa en su vida de contrarrevolucionario, la anticarrancista.

Aguilar, Almazán y Argumedo ofrecieron primero su respaldo al gobierno del estado de Oaxaca, al que manifestaron su deseo de apoyar a nivel nacional a Félix Díaz. Sin embargo, en realidad pretendieron forzarlo a adoptarlos como aliados militares, lo que no fue aceptado pues hubiera implicado una declaración de guerra contra el gobierno de don Venustiano, cuando que los oaxaqueños pretendían permanecer neutrales. La alianza hubiera significado el fin de la independencia que deseaban conservar ante los conflictos entre carrancistas, huertistas y zapatistas. Menos por razones ideológicas que por su pretensión de no involucrarse en conflicto alguno, lo cierto es que la alianza con Higinio Aguilar fue amable pero firmemente rechazada.<sup>30</sup>

Necesitados de retirarse de la región fronteriza entre Puebla y Oaxaca, Aguilar, Almazán y Argumedo se dirigieron a la única zona cercana que les permitía permanecer en armas contra Carranza: la región fronteriza entre Puebla y Morelos.<sup>31</sup> Inútilmente invitaron desde allí a Emiliano Zapata y al Ejército Federal a colaborar en una lucha contra Estados Unidos, con el fin de recuperar el “querido puerto” de Veracruz, lo que prueba que aún no definían con claridad sus objetivos ni tenían una idea precisa de sus opciones

<sup>30</sup> AJB, *PjyP*, c. 1, exp. 8, doc. 66, ff. 87-90. *DHRM*, t. 1, doc. 161; t. XV, docs. 575, 579. El gobernador de Oaxaca, Francisco Canseco, percibió que la alianza militar se les ofrecía con “cierto tono amenazante”. En efecto, un testigo asegura que las fuerzas de Aguilar, Almazán y Argumedo “pasaban de cinco mil” con “magnífico equipo”. Véase GARCÍA, 1955, pp. 73-75. Un experto en la historia oaxaqueña del periodo sostiene que dicha ayuda militar fue rechazada, más que por la firme y hábil diplomacia de Canseco, por cierta demostración de fuerza de los serranos, quienes buscaban tener la hegemonía militar en la región. Véase RUIZ CERVANTES, 1986, p. 54.

<sup>31</sup> A finales de septiembre de 1914 era evidente que carrancistas y zapatistas habrían de enfrentarse pronto; sin embargo, como a mediados de octubre todavía había negociaciones e intentos de avenimiento entre ellos, Carranza ordenó que no se iniciaran hostilidades contra los zapatistas pero sí contra “las hordas de Higinio Aguilar, Almazán y comparsa”. Véase *DHRM*, t. 15, doc. 592.

reales. Su actitud debe ser vista también como una comprensible conducta de ex huertistas: pretendían transformar una lucha social en nacional, vengar la participación norteamericana en la caída de Huerta. La respuesta de todos fue negativa. Lo importante fue que Zapata no sólo les señaló lo inoportuno que era enfrentarse en ese momento a los estadounidenses, sino que dejó muy claro que sólo aceptaría relaciones con ellos en términos de sumisión absoluta al zapatismo; además, les advirtió que sólo podrían operar en Puebla y Veracruz pero no en Morelos.<sup>32</sup>

A finales de 1914, al estallar el enfrentamiento entre carrancistas y convencionistas, Higinio Aguilar se incorporó formalmente a estos últimos. Las necesidades militares vencieron a la memoria política, y los morelenses aceptaron como aliado al corrupto y represivo jefe político de Cuernavaca de 1909, y al desleal e ineficaz militar huertista de 1913. Al frente del llamado “Ejército Revolucionario de Oriente”, y amparado en su reconocimiento del Plan de Ayala, entre noviembre y diciembre Aguilar tomó Chietla, Izúcar de Matamoros y Atlixco, y colaboró con el propio Zapata en las tomas de San Martín Texmelucan y Puebla. Si bien es cierto que se aplicaron las condiciones políticas y geográficas impuestas por Zapata, Higinio Aguilar y sus compañeros gozaron de considerable autonomía en las zonas que guarnecían. Como huertistas recientes, es comprensible que al ocupar Puebla hayan liberado a varios oficiales ex federales y establecido acuerdos con felicistas locales. Significativamente, Zapata no reparó en su conducta, a pesar de que colaboradores suyos le sugirieron mayor vigilancia a los ex huertistas.<sup>33</sup>

Es obvio que al convertirse en convencionista,<sup>34</sup> Aguilar sólo buscaba usufructuar el membrete pretendiendo legitimarse, pero sin lealtad política ni coincidencia ideológica

<sup>32</sup> AGMC, c. 27, exp. 12, ff. 198, 200. ALMAZÁN, “Memorias”, en *El Universal* (10 feb. 1956).

<sup>33</sup> AJA, M, VIII-3, c. 2, doc. 103. AJB, *PjyP*, c. 1, exp. 2, doc. 11.1, ff. 59-63. *DHRM*, t. XXI, doc. 69. BARRAGÁN, 1985, II, p. 169. WOMACK, 1969, pp. 212-213, 222.

<sup>34</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 12, ff. 2777, 2779-2781.

con los surianos. Como lo habría de mostrar a lo largo de 1915, su postura frente a sus colaboradores, Oaxaca o los zapatistas, dependería de las cambiantes coyunturas político-militares. Para comenzar, y probablemente alegando que un norteño no podía jefaturar un ejército que operaba en su natal Puebla, Higinio Aguilar desplazó del mando de la “División de Oriente” a Benjamín Argumedo a principios de 1915.<sup>35</sup> Posteriormente, como a los iniciales triunfos zapato-convencionistas siguió un periodo de recuperación carrancista, las derrotas lo convencieron de dejar la zona de Puebla que se le tenía encomendada, regresando en febrero, sin Almazán ni Argumedo a los límites con Oaxaca. Allí fue ya mejor recibido, por llegar solo y debilitado y por el creciente distanciamiento entre el gobierno local y los carrancistas y zapatistas.<sup>36</sup> Como para estos últimos la actitud de Aguilar era una traición a la causa, inmediatamente procedieron a batirlo, buscando “exterminarlo”. Higinio Aguilar, falsario contumaz, pretendió convencerlos de que operaría en Oaxaca como “el más honrado sostenedor” del Plan de Ayala, al que prometió “miles y miles de adeptos”. Los morelenses no se dejaron engañar: Francisco Mendoza recordó su naturaleza de ex federal, y el propio Zapata lamentó, tardíamente, que Aguilar hubiera vuelto a comportarse “como siempre”.<sup>37</sup>

Hábilmente, al llegar a Oaxaca Aguilar proclamó un muy oportuno “Manifiesto”, dirigido a complacer a sus nuevos compañeros. Contradiendo las actitudes políticas de su juventud, elogió a Benito Juárez; contradiciendo las actitudes políticas de meses antes, condenó las “tontas y pueriles promesas” de repartición de tierras. Buscando afinidades con los oaxaqueños, se calificó como fiel defensor de la constitución de 1857, al tiempo que mostró una actitud menos militarista.<sup>38</sup> La situación político-militar y el atinado “Mani-

<sup>35</sup> AGMC, c. 29, exp. 10, f. 554; c. 30, exp. 7, f. 119.

<sup>36</sup> AVC, c. 27, doc. 2790; AVC, *TP*, carps. 1 y 2. *DHRM*, t. XV, doc. 602. Respecto al caso de Oaxaca durante la fase constitucionalista de la Revolución, véase la obra de RUIZ CERVANTES.

<sup>37</sup> AEZ, c. 5, exp. 1-3. *DHRM*, t. XXI, docs. 110-111.

<sup>38</sup> El “Manifiesto”, firmado en Teotitlán del Camino en febrero de

fiesto” fueron muy favorables para Higinio Aguilar, quien permaneció más de un año en la región de Teotitlán del Camino. La estancia resultó muy provechosa. Primero la utilizó para reorganizar y acrecentar sus fuerzas: si a finales de febrero de 1915 tenía cerca de 500 hombres mal pertrechados, en mayo contaba con cerca de 2 000, regularmente armados y montados; además tenía artillería, aunque carecía de parque. Para Aguilar y sus lugartenientes —en concreto Panuncio Martínez—, el control militar implicaba ventajas económicas. Poco después de llegados a Teotitlán prohibieron el paso entre Oaxaca, Puebla y Veracruz “sin el debido salvoconducto de su Cuartel . . . y el pago de cierta cantidad de dinero”. Asimismo, tener el control militar y económico suponía asumir el control político. A poco de llegado, dominó políticamente la región donde operaba y llegó a un acuerdo con el gobierno oaxaqueño.<sup>39</sup>

Fiel a sus costumbres, Aguilar pretendió que su alianza con los oaxaqueños no implicara ahondar sus diferencias con los morelenses. Por ende, trató de convencer a Zapata de que sus objetivos eran dos: atacar al carrancismo e “inclinarse el espíritu público . . . en favor de la santa causa”, pues hasta entonces Oaxaca había permanecido “indiferente ante los grandes problemas nacionales”. En concreto, ofreció a Zapata “sacar del indiferentismo” al gobierno y pueblo locales, virtualmente hostiles al Ejército Libertador. No por ingenuidad sino por graves necesidades económicas, a finales de 1915 y principios de 1916 los zapatistas olvidaron su traición y restablecieron relaciones con un Higinio Aguilar en evidente mejoría. Es más, ahora éste se permitiría pedir a los morelenses ciertas colaboraciones militares, imprescindibles para que sus operaciones resultaran exitosas, mientras Zapata ordenaba a sus subalternos que accedieran a lo que les solicitara Aguilar. Por otra parte, por su mayor ex-

1915, en *DHRM*, t. XVI, doc. 622; también en *PNM*, VII, pp. 356-357. En febrero de 1915 también firmó proclamas felicistas, cuando fue informado, erróneamente, que Félix Díaz acababa de iniciar otro movimiento rebelde en el país. Véase *AVC*, c. 28, doc. 3010; c. 30, doc. 3140.

<sup>39</sup> *AVC*, c. 41, doc. 4453; *AVC*, *TP*, carps. 2, 3. GARCÍA, 1955, pp. 94, 96, 136.

perencia político-administrativa, Higinio Aguilar llegó a recomendar a Zapata algunas medidas financieras.<sup>40</sup>

Si sus relaciones con los morelenses sufrieron por las situaciones regional y nacional, lo mismo sucedió a sus relaciones con los oaxaqueños. Hacia febrero de 1916, un año después de su llegada a la entidad, comenzó a tener fricciones con Guillermo Meixueiro, jefe de las fuerzas defensoras del Estado y caudillo del movimiento "soberanista". Es probable que algunos excesos de Higinio hayan sido el motivo de los reclamos de las autoridades locales, muy respetuosas de sus súbditos. Además, no siempre acató algunas decisiones de los funcionarios estatales. Sin embargo, es indudable que las principales causas del paulatino distanciamiento fueron: la absoluta divergencia de objetivos; que el gobierno local constatará que la alianza militar no era imprescindible, en tanto que el carrancismo no habría de atacarlos por ese rumbo, y que Aguilar se convenciera de que allí tenía un futuro limitado, pues sólo le permitían operar en regiones periféricas y siempre a partir de decisiones tomadas por los caudillos estatales. Como "fuereño", poco podía obtener en una lucha tan marcadamente provincialista.<sup>41</sup>

#### IV. LAS MÁSCARAS DEL CONTRARREVOLUCIONARIO

A mediados de 1916 las actividades de Aguilar sufrieron un profundo cambio, en términos políticos, militares y geográficos. El regreso de Félix Díaz al país para encabezar un movimiento anticarrancista dio lugar a que asumiera su bande-

<sup>40</sup> AEZ, c. 6, exp. 1; c. 8, exp. 3. AGMC, c. 31, libro copiador 2, cartas 33 y 296; libro copiador 3, cartas 106, 240; libro copiador 4, carta 19.

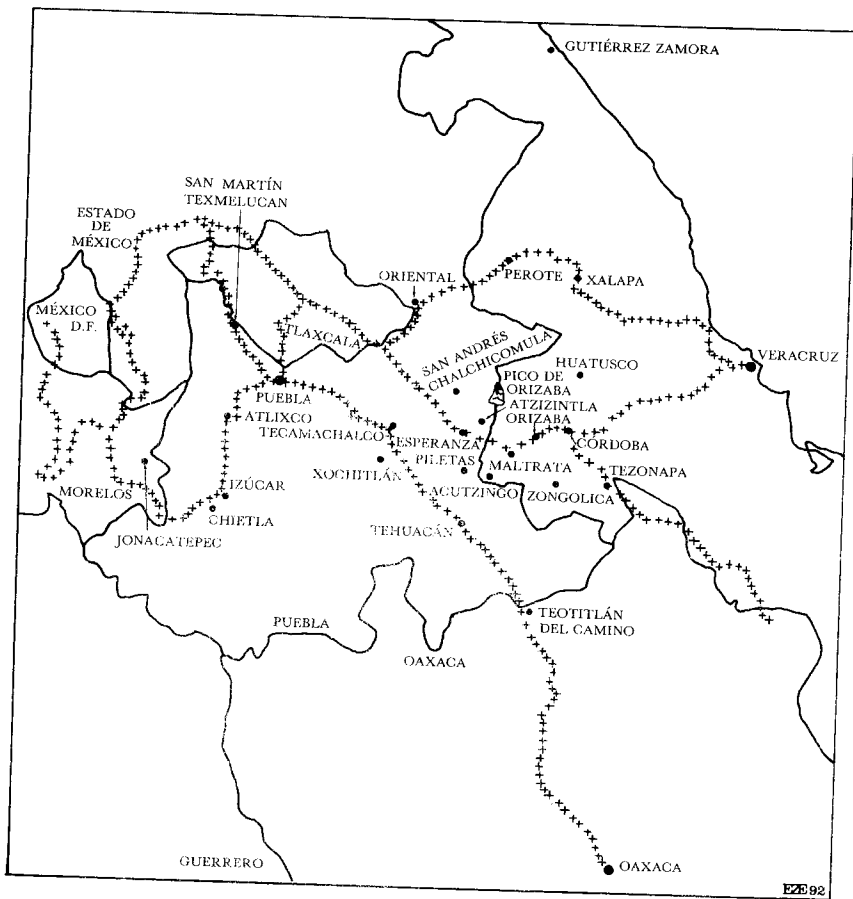
<sup>41</sup> AJB, *PjyP*, c. 2, exp. 15, doc. 337. AVC, *TP*, carp. 4. *DHRM*, t. XXI, doc. 154. En marzo de 1916 el ministro francés se quejó de los robos sufridos por monsieur Spitalier de manos de Higinio Aguilar. Véase ASG, *PR*, c. 131, exp. 25. En concreto, Aguilar no respetaba los salvoconductos firmados por las autoridades "soberanistas". Véase AVC, c. 151, doc. 17262.

ría más conocida: la felicista. Después de que Félix Díaz fracasara en su intento de operar en la costa veracruzana, se dirigió a su natal Oaxaca, pensando aprovecharse del movimiento “soberanista”, ya organizado y en lucha. Fue entonces cuando, incorporándose a Félix Díaz a su paso por la zona, Aguilar dejó la región fronteriza y se trasladó al centro del estado. Abandonaba así su actitud caciquil, sin riesgo inmediato —puesto que había llegado a un arreglo con el jefe carrancista vecino— pero sin posibilidades de mejoría, para involucrarse en una aventura aparentemente promisorio, pues creyó que Díaz tomaría el liderazgo del movimiento, beneficiándolo por ser de sus primeros colaboradores.<sup>42</sup> Además, tenía más afinidades con Félix Díaz que con los caudillos oaxaqueños como antiguos miembros del Ejército Federal, proponían para el país soluciones castrenses; sobre todo, su lucha contra Carranza no se limitaba a objetivos locales.<sup>43</sup> Como el sobrino de don Porfirio fracasó en las acciones militares que encabezó en Oaxaca, y como no hubo acuerdo con los líderes “soberanistas”, Félix Díaz y su gente, incluyendo a Higinio Aguilar, tuvieron que buscar un nuevo escenario. Éste fue Veracruz, al que arribaron por caminos diferentes.<sup>44</sup>

<sup>42</sup> AVC, c. 65, doc. 7210. *Revista Mexicana* (12 mar. 1916). Para el forzado arribo de Félix Díaz a Oaxaca, véase LICEAGA, 1958, pp. 359-383; HENDERSON, 1981, pp. 125-127. Antes de dirigirse a Oaxaca, Félix Díaz pasó unos días de incógnito en la ciudad de México, escondido, precisamente, en el domicilio de Aguilar. Véase AVC, c. 104, doc. 11959.

<sup>43</sup> Es ilustrativo que el “Manifiesto a la Nación”, firmado el 1º de agosto de 1916 en Ixtlán de Juárez, haya sido firmado por Félix Díaz, Higinio Aguilar y José Isabel Robles, todos ellos ajenos a la contienda local. Véase en AJA, *M*, VIII-2, c. 3, doc. 260. Véanse también GARCÍA, 1955, pp. 104, 118; HENDERSON, 1981, p. 127.

<sup>44</sup> La aventura de Díaz significó atravesar Chiapas para luego internarse efímeramente en Guatemala. Aguilar se redujo a volver a la región de “La Cañada”, para de allí pasar a la frontera entre Veracruz y Puebla. Quien sí permaneció al lado de Félix Díaz fue Juan Andréu Almazán, compañero de Aguilar durante la segunda mitad de 1914, pero con quien tuvo serias diferencias cuando fueron lugartenientes de Díaz a mediados de 1916. Véanse LICEAGA, 1958, pp. 361-396; BARRAGÁN, 1986, III, pp. 63-64; GARCIADEGO, 1981, pp. 279-282; HENDERSON, 1981, p. 128; RUIZ CERVANTES, 1986, pp. 90-92.





La llegada de Aguilar a Veracruz significaba el regreso a parajes muy conocidos. Además, le permitió operar por un tiempo dentro de la estructura del Ejército Reorganizador Nacional y enmarcado en la política felicista, con mayor identificación profesional y afinidades ideológicas. Mientras duraron, fueron éstos sus mejores momentos, resultado de luchar con ciertos recursos económicos, con la simpatía de varios sectores sociales de la comarca y con el apoyo del jefe del movimiento. Fue entonces cuando su Ejército de Oriente pasó a ser una institución militar considerablemente organizada. Aunque obviamente difería la adscripción formal de la real, y aunque se desconoce el grado de dominio de Higinio Aguilar sobre sus lugartenientes, el Ejército de Oriente quedó dividido en dos cuerpos, el “del Golfo” y el de “la Sierra”, con cinco divisiones el primero y tres el segundo. De orígenes sociogeográficos diversos, sus principales lugartenientes eran Panuncio Martínez, compadre suyo y ex federal, en armas desde mediados de 1914; Arturo Camarillo, Roberto Cejudo, Clemente y Pedro Gabay, ambos nacidos en Paso del Macho, Veracruz, viejos maderistas pero contrarrevolucionarios desde 1912; Constantino Galán, ex federal y general aguilarista desde finales de 1914, y Teodomiro Romero.<sup>45</sup>

Aguilar procedió como siempre. Un par de meses después de llegado a Veracruz proclamó un “Manifiesto al Pueblo Mexicano”, firmado el 26 de noviembre de 1916 en la hacienda de San Agustín, en el cantón de Zongolica, en el que justificaba su adhesión al felicismo por su “honradez”, “abnegancia” y “valor”.<sup>46</sup> Dicho “Manifiesto” era típica-

<sup>45</sup> NAW, RDS, record group 59, 812.00/21955. AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, f. 1588. AVC, c. 16, doc. 1551; c. 20, doc. 2022. PASQUEL, 1985, pp. 45, 55-56.

<sup>46</sup> Higinio Aguilar llegó a Veracruz antes que Félix Díaz, pues éste incursionó por el sur. Dado que Aguilar había quedado en malos términos con los “soberanistas” oaxaqueños; que, probablemente, Díaz estaba desilusionado de Aguilar por su abandono, y que seguramente Aguilar no aceptaba permanecer leal a un Félix Díaz en decadencia, esos meses fueron de indefinición ideológica. Es más, Aguilar buscó entonces restablecer relaciones con los zapatistas. Véase carta de José Inés Dávila a Félix Díaz, 17 de enero de 1919, en LICEAGA, 1958, p. 525.

mente contrarrevolucionario, pues aseguraba que el movimiento constitucionalista era idéntico a la “irrupción de los bárbaros”. Su fecha de emisión explica sus objetivos: aprovechar el renacimiento del felicismo y oponerse a la nueva constitución. En efecto, aseguraba que redoblaban la lucha contra la pérdida inminente del “inmortal código” de 1857, pues se convocaba para su sustitución, en lugar de a “inmaculados” y “sabios” patriotas como los de entonces, a un grupo de “analfabetas”, “criminales” y “traidores”, todos con “perversidad de miras” y poseedores de “teorías profundamente socialistas y radicalmente inmorales, disolventes e indignas de todo pueblo civilizado”.<sup>47</sup>

Los mejores recursos económicos, las relaciones sociales y la legitimación que implicaba ser parte del movimiento felicista le trajeron, respectivamente, armas y pertrechos, incluso provenientes de soldados carrancistas corruptos; vituallas, como las provenientes de la finca propiedad de Manuel Castillo, incorporado al Estado Mayor de Higinio Aguilar desde su llegada a la región, igual que Cleofas Rodríguez, hijo de otro hacendado del rumbo; información, como la que le comunicaba Amador Santos, hacendado en Tecamachalco, o como la que le transmitía su propio sobrino carnal, involucrado en la política poblana.<sup>48</sup>

Es obvio que en este periodo el movimiento aguilarista trascendió su carácter castrense. Fue forzado a convertirse en una auténtica lucha social local, tipificable ideológicamente como conservadora, y con nuevas bases sociales, las clases acomodadas de la región, ante la desmovilización del Ejército Federal y el rechazo de las otras facciones.

Todo esto explica la rápida sucesión de triunfos. A finales de 1916, Aguilar tomó poblaciones como Huatusco y amagó otras como Córdoba y Orizaba. La fuerza adjudicada entonces al ejército aguilarista varió según el informante: el gobierno federal, interesado en minimizar el peligro que

<sup>47</sup> El “Manifiesto” en AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1565-1567, y en *Revista Mexicana* (26 ago. 1917).

<sup>48</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, f. 1571. ASG, PR, c. 78, exp. 56; c. 217, exp. 21. AVC, TP, c. 4.

implicaba, le atribuía 2 000 hombres a principios de 1917; un inversionista norteamericano, interesado en exagerarlo, le concedió 8 000. Incluso asignarle una cifra intermedia podría resultar exagerado, y las versiones de los políticos locales y de los militares que lo combatían tampoco son del todo confiables. Además, las dudas aumentan si se cuestiona la naturaleza del Ejército de Oriente. ¿Cuál era la verdadera relación entre los cuerpos que operaban en “la Sierra” y en “el Golfo”? ¿Cuál era el grado de colaboración de los diferentes jefes aguilaristas? ¿Incluían las cifras mencionadas a todas las fuerzas supuestamente aguilaristas, o sólo a las directamente suyas? Cercano a los 2 000 hombres bajo su mando o el de sus lugartenientes más cercanos, durante la primera mitad de 1917 el ejército aguilarista provocó serias preocupaciones a militares como Guadalupe Sánchez, Heriberto Jara, Cándido Aguilar y Adalberto Tejeda, según se deduce de sus constantes solicitudes de refuerzos y pertrechos. Cándido Aguilar llegó a dejar la gubernatura para asumir la jefatura de operaciones militares ante el auge de los rebeldes. Se tuvo que reconocer que la insuficiencia de elementos y por los problemas al interior de la élite político-militar local, era imposible vencerlos “de manera definitiva”.<sup>49</sup>

A pesar de sus triunfos, Higinio Aguilar abandonó la región de Orizaba y Zongolica y se dirigió a la Huasteca a mediados de 1917 donde llegó a tomar El Ebaño y Soto de Marina.<sup>50</sup> Este desplazamiento obliga a dilucidar su verdadera relación con Félix Díaz; esto es, su grado, duración y formas de lealtad y colaboración. Para unos, se trataba de su abandono de la facción felicista para incorporarse a la pelaequista; según otros, era una estrategia de Díaz para quitar a Peláez porciones de su rico territorio y a Aguilar parte de

<sup>49</sup> AHSDN (f.L.M.), XI/481.5/318, ff. 417, 425. AJB, *PJy P*, c. 4, exp. 9, doc. 373.60; exp. 10, doc. 373.61. *Excelsior* (8 ago. 1917). Para las operaciones de Cándido Aguilar y de Adalberto Tejeda contra los rebeldes veracruzanos véanse, respectivamente, CORZO RAMÍREZ, 1990 y FALCÓN y GARCÍA, 1990.

<sup>50</sup> NAW, RDS, record group 59/812.00/20851, 21098.



Uniforme de gala, como general del Ejército Federal.

sus fuerzas, aunque es un hecho que su cambio de escenario fue resultado de un enfrentamiento real con Díaz, el que debe explicarse por la naturaleza del felicismo de Aguilar y por sus orígenes sociales, ideología y conducta.

Aunque Higinio Aguilar fuera un irredento porfirista, ello no lo hacía, necesariamente, un felicista a ultranza. Se subordinó a Félix Díaz a finales de 1916 porque era la única alternativa a permanecer aislado y sin grandes recursos, en la frontera entre Puebla, Oaxaca y Veracruz. Sin embargo, se distanció de él cuando descubrió que no disponía del respaldo económico que se le adjudicaba; cuando constató que con él no había posibilidad de grandes ascensos políticos; cuando vio que Félix Díaz no era un buen estratega militar y que, para colmo, por su apellido atraía siempre la represión de lo más granado de las fuerzas gobiernistas. Es más, pronto descubrió que, a diferencia de su tío —y de él, obviamente—, Félix Díaz era un típico militar “perfumado”, un “junior” de la milicia.

En rigor, el rompimiento se dio por iniciativa de Díaz, quien alegó que no coincidía con la excesiva indisciplina de las fuerzas de Aguilar. Díaz y sus allegados desconfiaron de él desde un principio, pero sabían que era muy importante involucrarlo en el movimiento. Sus reticencias se justificaron pronto. Félix Díaz rechazó enérgicamente el salvajismo de Higinio Aguilar, en particular sus cruentos ataques a los ferrocarriles; hasta se dice que Félix Díaz intentó fusilarlo por ello.<sup>51</sup> Sin embargo, el fondo del problema era que, por llegar prácticamente solo a Veracruz, Díaz se dio cuenta de lo necesario que era estructurar su ejército a partir de las fuerzas de Aguilar iniciando la cooptación de algunos jefes

<sup>51</sup> El mismo Aguilar paladinamente confiesa que a mediados de 1917 estaba más interesado en atacar ferrocarriles que en tomar poblaciones. Véase AGMC, c. 29, exp. 13, f. 623. Véase también AFD, *M*, c. 1, doc. 101-b; c. 11, doc. 1118-a. Además, recuérdese que Panuncio Martínez, compadre y principal lugarteniente de Aguilar, airadamente se opuso a que Félix Díaz interviniera en lo relativo a las exacciones que imponía a los pueblos de su dominio. Véase AGMC, c. 30, exp. 23, f. 412. *Excelsior* (4 abr. 1919).

aguilaristas. Puede decirse incluso que el ejército felicista se conformó, en buena medida, a partir del aguilarista, pero con un caudillo de más jerarquía. Gracias a la falta de legitimidad, liderazgo auténtico, prestigio y proyecto político, Félix Díaz hizo a Higinio Aguilar lo que no pudo hacer a los caudillos oaxaqueños: usurpar su movimiento.<sup>52</sup>

Otra causa del distanciamiento fueron sus posturas ante el exterior. En efecto, a diferencia de Félix Díaz, que obsesiva y conmovedoramente pretendió el apoyo del gobierno estadounidense, Aguilar fue siempre un abierto yancóforo y no tuvo reparos en adaptarse a los inescrupulosos comportamientos diplomáticos de esos años. Por ejemplo, fue el escogido por Alemania para proteger la estación de radio que pretendió instalar en Veracruz a finales de 1917. Aunque respondió positivamente, el aparato nunca se instaló. Es muy probable que la aliadofilia de Félix Díaz haya obstruido las negociaciones entre Higinio Aguilar y Alemania; dada su mala relación de entonces, es probable también que Díaz lo haya amenazado con batirlo en caso de que colaborara con Alemania. Otro ejemplo es el secuestro del cónsul estadounidense en Puebla, William Jenkins, en el que Higinio Aguilar estuvo parcialmente involucrado.<sup>53</sup>

Su indisciplina y su yancofobia fueron también las causas de que fuera rápidamente rechazado por Manuel Peláez. A principios de 1918 éste anunció que "las atrocidades" de Aguilar, Roberto Cejudo y Panuncio Martínez, entre otros, herían "su sensibilidad moral". En concreto, Peláez se refería a sus atentados ferrocarrileros, pues fusilaban a los prisioneros y heridos y porque eran verdaderos expertos en la técnica de la "máquina loca".<sup>54</sup> Expulsado también del

<sup>52</sup> LICEAGA, 1958, pp. 432-434, 529-533.

<sup>53</sup> Respecto a la estación de radio, véase KATZ, 1981, pp. 429-430. Para el caso Jenkins, véase CUMBERLAND, 1951, pp. 586-607. GONZÁLEZ RAMÍREZ, 1974, I, p. 663. La postura de Aguilar hacia Estados Unidos, abierta y permanentemente contraria, se constata en casi todos sus documentos públicos.

<sup>54</sup> AFLB, *M*, c. 7, doc. 697. AVC, c. 114, docs. 13056 y 13058. La técnica consistía en capturar un tren en la parte alta de alguna montaña,

territorio pelaecista, Higinio Aguilar tuvo que salir de Veracruz y buscar otro campo de operaciones.

En el fondo, sus diferencias con Félix Díaz y Peláez eran sociales. Aunque porfirista, de ninguna manera Aguilar podía ser considerado un miembro de la oligarquía. Cuando más, era un beneficiario parcial del Ejército Federal, institución de suyo en declive, elevado a miembro de la élite política y de la burguesía rural local en las postrimerías del porfiriato. Con todo, sus orígenes sociales le daban una ductilidad política imposible en Félix Díaz. Ya antes había sido compañero de Zapata y de ex revolucionarios convertidos en “irregulares” huertistas, como Almazán o Argumedo, y desde finales de 1917 cooperó con otro de ellos, Marcelo Caraveo. Más significativo resulta que a principios de 1918 haya vuelto a operar junto con los zapatistas.<sup>55</sup> La alianza con éstos fue obligada para ambos: no había otra facción en el México centro-oriental en la que Higinio Aguilar pudiera encontrar acomodo,<sup>56</sup> y los morelenses, conscientes de que su particularismo no les garantizaba ventajas al término de la lucha, comenzaban a abandonar su sectarismo. Fue por entonces cuando propusieron la unificación de todos los grupos anticarrancistas, ya sin que Zapata o el Plan de Ayala fueran, obligadamente, caudillo y bandera del movimiento.

Como en 1914 y 1915, la alianza de 1918 supuso, al principio, limitaciones. En efecto, Aguilar comenzó a operar en Puebla. Sólo posteriormente se le permitió permanecer por

---

para luego lanzarlo cuesta abajo —confío en que sin pasajeros—, para que se colisionara con el que viniera ascendiendo. Véase LICEAGA, 1958, pp. 432-434; HENDERSON, 1981, pp. 139-141.

<sup>55</sup> AFLB, *M*, c. 8, doc. 869. AJA, *M*, VIII-2, c. 4, doc. 328. *DHRM*, t. XVII, doc. 886. Desde que comenzaron sus conflictos con Díaz y se encaminó al territorio pelaecista, a mediados de 1917, Aguilar buscó ganar la simpatía de Zapata, lo que confirma lo complejo de sus maniobras políticas. Véase AGMC, c. 29, exp. 13, f. 623. Asimismo, al enemistarse con Peláez, a principios de 1918, buscó restablecer relaciones con Félix Díaz. Véase *Revista Mexicana* (21 abr. 1918). LICEAGA, 1958, p. 463.

<sup>56</sup> Por aquel entonces Aguilar también pretendió restablecer relaciones con los líderes políticos de la región oaxaqueña donde había operado. Véase GARCÍA, 1955, p. 319.

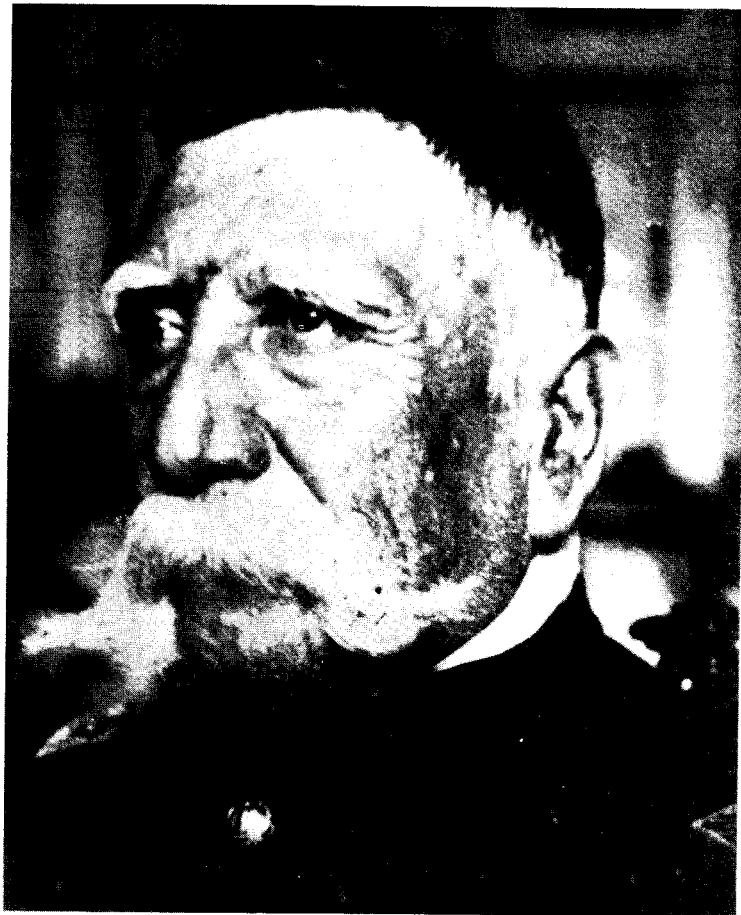
tiempo limitado en plazas como Jonacatepec y Jantetelco, ya en Morelos, para dar “descanso” a sus fuerzas. La verdad es que permaneció algunos meses en la zona de Jonacatepec, operando con jefes como Gildardo Magaña y Francisco Mendoza, además con Marcelo Caraveo. Es evidente lo complejo de su actitud durante esos meses: firmaba, indistintamente, con el lema felicista “Paz y Justicia” y en papel membretado del Ejército Reorganizador Nacional, o con el lema zapatista “Reforma, Libertad, Justicia y Ley”, en papel con membrete del Ejército de Oriente. Unificación Revolucionaria. Además, los ascensos y nombramientos que otorgó los fundamentó en las “facultades” que le daba “la Soberana Convención Revolucionaria”.<sup>57</sup>

La estancia de Higinio Aguilar en Morelos no fue prolongada, pues desde agosto dejó de haber colaboración. Es probable que haya influido descubrir que ni unidos eran un problema militar para Carranza; asimismo, Aguilar tuvo problemas con sus lugartenientes, contrarios a tal alianza; finalmente, acaso haya influido que su compadre Panuncio Martínez cometiera el exceso de proponer al mismo Aguilar como jefe nacional de los rebeldes anticarrancistas unificados. Es evidente que también hubo problemas disciplinarios y tácticas: Higinio Aguilar fusiló a un jefe carrancista desertor que se había incorporado al zapatismo, el mayor Manuel Cervera, decisión que contrariaba al espíritu de unificación prevaleciente en Zapata y que hacía inútiles todos sus esfuerzos por cooptar jefes gobiernistas. Aunque probablemente exagerara por su deseo de mostrar divisiones serias dentro de los grupos rebeldes, la prensa carrancista aseguró que las dificultades entre Aguilar y Zapata eran tales que éste estuvo “a punto” de batirlo.<sup>58</sup>

<sup>57</sup> Resulta curioso recordar que precisamente en Jonacatepec, y a manos de Francisco Mendoza, Aguilar fue vencido en abril de 1913. Para sus actividades como zapatista en 1918, véase AGMC, c. 27, exp. 15, ff. 218, 299-300, 335; c. 29, exp. 3, f. 204; exp. 4, ff. 308, 311, 338; c. 30, exp. 17, ff. 286-287. AJA, I, XVIII-2, doc. 20; AJA, M, docs. 328, 330, 332-335, 337; VIII-3, AJA, M, c. 1, doc. 10.

<sup>58</sup> Para lo concerniente a la unificación, véase AGMC, c. 30, exp. 26,





Los bigotes olían a pólvora.

A mediados de 1918 Higinio Aguilar abandonó Morelos y regresó a su zona del Pico de Orizaba, acompañado por 200 o 300 hombres aproximadamente. Combatió entre Veracruz y Puebla por casi dos años más, con resultados poco favorables y acudiendo a prácticas nada recomendables. La razón es que tuvo que operar prácticamente solo, pues era rechazado por todas las grandes facciones y porque la mayoría de sus lugartenientes se habían convertido en importantes colaboradores de Félix Díaz: recuérdese que ellos, a diferencia de Aguilar, sí firmaron el Manifiesto de octubre de 1918. Desde sus aventuras pelaequista y zapatista, de finales de 1917 y principios de 1918, había perdido a varios colaboradores, aunque algunos prefirieron compartir sus lealtades, según conviniera política y militarmente. Ante su regreso a la región, y para evitar “perjuicios de trascendencia”, Díaz reorganizó el Cuerpo de Ejército de Oriente, ratificando a los viejos jefes aguilaristas, buscando ganar su lealtad, o designándolos para otros puestos de importancia. En cambio, a Higinio Aguilar lo depuso solemnemente.<sup>59</sup>

La situación de Aguilar y de sus reducidas fuerzas era peor que débil. Su proceso de envejecimiento había seguido su curso y en un combate a principios de 1920 resultó herido y Gaudencio de la Llave, aprehendido; además, algunos sostienen que Constantino Galán falleció por entonces “de muerte natural”. Comprensiblemente, Higinio Aguilar continuó con sus ataques a los ferrocarriles y con procedimientos propios de un delincuente común —recuérdese el caso Jenkins. Los jefes aguilaristas acudieron entonces a las falsas rendiciones, con el objeto de descansar temporalmente de la persecución gubernamental y de aprovechar el tiem-

ff. 453-455, 458-463, 465. Sobre el caso Cervera, AGMC, c. 29, exp. 4, f. 384. Véase también AGMC, c. 30, exp. 19, f. 337. AVC, TV. *El Demócrata* (12 abr. 1918).

<sup>59</sup> Entre los firmantes destacan Roberto Cejudo, Albino Cerrillo, Pedro Gabay, Constantino Galán y José Lagunes. Véase PP, pp. 223-244. Véase también *DHRM*, t. XVIII, doc. 924. LICEAGA, 1958, pp. 456, 469, 479, 485-486, 488-489, 525.

po para reorganizarse.<sup>60</sup> De una importancia no prevista resultaron los acuerdos a los que llegaron con Alvaro Obregón: Roberto Cejudo, también falsamente rendido al gobierno,<sup>61</sup> influyó en el derrumbe de éste y en el inicio de una nueva etapa en la historia contemporánea nacional, la dominada por los sonorenses.

#### V. AGUAPRIETISTA: ¿FILIACIÓN POLÍTICA O ADJETIVO CALIFICATIVO?

El año de 1920 fue un parteaguas en la historia de la revolución mexicana. También lo fue para Aguilar. Otra vez la coyuntura política le fue favorable, como en 1911 y 1913, al pasar de rebelde a gobiernista. En efecto, dado que estaba decidido a desplazar a Carranza del poder, aprovechando la sucesión presidencial prevista para 1920, desde 1919 Obregón comenzó a establecer alianzas con los diferentes alzados, para que permanecieran en armas contra don Venustiano, lo apoyaran cuando él iniciara su lucha y se llegara a acuerdos políticos tan pronto accediera al poder. El arreglo con Higinio Aguilar fue, en un primer momento, muy provechoso para ambos. Las autoridades carrancistas, que a mediados de 1918 confiaban en que la muerte de Aguilar era

<sup>60</sup> AHSDN (f. L. M.) XI/481. 5/321/ff. 258-262. AFLB, M, c. 8, doc. 814. AGMC, c. 30, exp. 18, f. 295; exp. 23, f. 411; exp. 34, f. 550. AVC, TP, c. 5. NAW, RDS, record group 59, 812.00/21996. *El Demócrata* (6 ene., 29 jul. 1918). LICEAGA, 1958, pp. 598-599. Otras fuentes consignan a Ponciano Vázquez como el muerto, pero en combate. GARCÍA MORALES, 1986, p. 74.

<sup>61</sup> Roberto Cejudo había ingresado al Ejército Federal en 1906. Cooperó con Huerta en su campaña contra el orozquismo, como oficial de Órdenes, y se incorporó a las fuerzas de Higinio Aguilar desde diciembre de 1914. Durante su etapa aguilarista alcanzó el grado de general de brigada. Aparentemente rendido al gobierno en marzo de 1920, un par de semanas después se descubrieron sus verdaderas intenciones —tregua y elementos— y sus relaciones con Obregón. Éste tuvo que interrumpir su campaña electoral al ser llamado a declarar en el proceso, viéndose obligado a escapar de la ciudad de México y a luchar contra Carranza. Véase GONZÁLEZ RAMÍREZ, 1974, I, pp. 637-638.

inminente, pues los muchos años y las igualmente numerosas correrías ya minaban su cuerpo, nunca se imaginaron que participaría en la batalla de Algibes, en mayo de 1920, que fue la que dictó la suerte del carrancismo.<sup>62</sup>

Por su parte, el astuto Obregón, para evitar heredar problemas serios respecto a rebeldes, realizó sólo acuerdos individuales. El resultado fue el debilitamiento de los grupos de alzados, y la asimilación de los cabecillas al nuevo gobierno de manera desintegrada.<sup>63</sup> Sin Constantino Galán, Roberto Cejudo, Pedro Gabay ni Panuncio Martínez, entre otros, Higinio Aguilar y sus fuerzas inmediatas fueron incorporadas al Ejército Nacional con el nombre de “División Aguilar”, responsabilizándosele del sector de Chalchicomula. Dándose cuenta de la estrategia gubernamental, y aprovechando su familiaridad con la región, al momento de unirse a los aguaprietistas Aguilar improvisó a muchos civiles —“peones de finca, arrieros y zapateros”, entre otros—, incorporándolos a sus menguadas fuerzas, que en ese momento no llegaban ni a cincuenta hombres.<sup>64</sup> El objetivo era dar una mejor imagen y exagerar su ayuda al “aguaprietismo”.

¿Cuál fue la conducta de Higinio Aguilar durante los años en que fue parte de un gobierno “revolucionario”? Es obvio que no entendió que su alianza con el gobierno resultaba muy incómoda para éste, ni que sospechó que sus actos y procedimientos serían vigilados rigurosamente. Pronto entró en conflicto con el superior inmediato y con el jefe de operaciones en el estado, por problemas administrativos, de jerarquía y de ordenanza.<sup>65</sup>

<sup>62</sup> AJA, *M*, VIII-3, c. 15, doc. 1209. *El Demócrata* (29 jul. 1918).

<sup>63</sup> Las negociaciones, por separado, de Higinio Aguilar, Pedro Gabay y Carballo, entre otros, debilitaron al felicismo en general y al aguilarismo en particular. Véase AFD, *M*, c. 2, doc. 171-b. HENDERSON, 1981, p. 143. Un análisis del proceso completo de las negociaciones para la pacificación de los rebeldes, en QUIROZ, 1982.

<sup>64</sup> AHSDN, *C*, XI/III/1-1/t.7, ff. 1575, 1595; t. 8, f. 1805. AJA, *M*, VIII-2, c. 5, doc. 444. LICEAGA, 1958, p. 640.

<sup>65</sup> AHSDN, *C*, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1594-1595, 1616-1617, 1619.

Lo grave fue que creyera que cambiar de adscripción política no lo obligaba a modificar su ideología. Como por primera vez colaboraba con un régimen “revolucionario”, resulta comprensible que permaneciera fiel a los viejos principios políticos del porfiriato y a la constitución de 1857, lo que implicaba desconocer la de 1917. Uno de sus primeros actos públicos fue reprimir violentamente a las organizaciones campesinas de su sector, a cuyos líderes acusó de tener “disolventes . . . teorías socialistas y tendencias bolsheviks”. Para ser congruente con su porfirismo, Aguilar resultó un puntual protector de los hacendados del rumbo, llegando incluso a oponerse a una dotación agraria presidencial, lo que le valió seria reprimenda. Congruente también con sus intereses y con los orígenes sociales de sus principales simpatizantes, adquirió algunas tierras —la hacienda Piletas, por ejemplo—, las que defendió hasta con las fuerzas a su mando.<sup>66</sup> Así como Higinio Aguilar adquirió intereses económicos en Puebla, al saberse legalizado desarrolló también aspiraciones políticas. Todo parece indicar que promovió su candidatura a gobernador, buscando proteger así los intereses de los miembros de la oligarquía local y evitar que llegara al poder el candidato popular y agrarista del Partido Liberal Independiente.<sup>67</sup>

Su oposición a la Constitución de 1917 no se redujo al aspecto agrario. A finales de 1921, siendo jefe de la guarnición en el municipio capitalino de Guadalupe Hidalgo, tuvo lugar un atentado dinamitero en el altar de la Basílica. Un sospechoso fue aprehendido, y Aguilar prometió fusilarlo ese mismo día, sin respetar lo dispuesto por la ley. No logró su intento porque el mismo Obregón se responsabilizó del preso, poniéndolo en libertad a las 72 horas.<sup>68</sup> Más que por su explícito desprecio por las disposiciones legales, es probable que Obregón haya quedado molesto por su conservatismo

<sup>66</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1581, 1593, 1599, 1638, 1641, 1689-1690, 1692, 1743; t. 9, ff. 2176-2177.

<sup>67</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1669, 1687, 1701, 1704, 1715.

<sup>68</sup> AFD, M, c. 3, doc. 278-a.

en el aspecto religioso, asunto que tanto preocupaba a los gobernantes sonorenses.

Sin embargo, los principales motivos de conflicto, no percibidos por Higinio Aguilar, fueron la naturaleza de sus hombres y las características de su alianza con los sonorenses. Sorprende que Aguilar y sus fuerzas no hayan cuidado al máximo su conducta, pues evidentemente, el acuerdo había sido impuesto por las circunstancias; que sería roto por el gobierno a la primera oportunidad, y sobre todo, por que eran repudiados por numerosos políticos y militares revolucionarios, para quienes no eran sino unos oportunistas. Era tal la desconfianza, que a la semana de estar los sonorenses en el poder se dispuso el licenciamiento parcial de los aguilaristas. Aunque aseguró haber disuelto “las dos tercias partes” de sus efectivos, lo cierto es que dicha orden molestó profundamente a Higinio Aguilar, pues había hecho de las armas un atractivo *modus vivendi*. Se rumoró que volvería a rebelarse, y se aseguró que tal habían hecho ya algunos de sus hombres, a lo que Aguilar contestó que era “hombre de honor . . . , incapaz de faltar a la subordinación y disciplina”.<sup>69</sup>

Indudablemente, Higinio Aguilar y los suyos siguieron haciendo de la carrera militar una generadora de negocios ilícitos. Aguilar fue acusado de dedicarse preferentemente a la política; su tropa fue denunciada como una “constante amenaza para los habitantes de los lugares que guarnece”; ambos fueron señalados como nocivos al erario nacional. No sólo se le acusó de “inflar” la nómina; se aseguró también que había hecho negocio con el licenciamiento que se le obligó a realizar, al no pagar la gratificación a varios de sus hombres, a los que pretendió satisfacer con la promesa de la

<sup>69</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1627, 1630, 1632, 1634. AFD, M, c. 2, doc. 199-a. *El Universal* (22 jul. 1920). Un político de la zona donde operaban las fuerzas aguilaristas afirma que algunas de éstas “se resistían a licenciarse y a abandonar el servicio armado [ . . . ] por [ . . . ] haber estado en Algibes” y por “temor al castigo a que se habían hecho acreedores por los innumerables actos delictuosos que habían cometido”. Véase GARCÍA, 1955, p. 207.

pronta reincorporación.<sup>70</sup> Esto provocó que a finales de 1920 el gobierno comenzara un serio proceso de reorganización de dichas fuerzas, quedando unas refundidas en otros cuerpos y siendo otras simplemente desarmadas. Como consecuencia, la “División Aguilar” se redujo a un regimiento de caballería, el que además fue removido de Puebla al Distrito Federal, saliendo así de su hábitat y permitiendo un mayor control. Dado que continuaron provocando conflictos, ahora en la populosa municipalidad de Guadalupe Hidalgo, y que continuaron las diferencias entre Higinio Aguilar y el régimen, a finales de 1921, Obregón decidió licenciar las fuerzas que le quedaban, dejando a Aguilar a disposición de la propia presidencia y comisionando en Berlín a Alfonso su hijo y jefe de Estado Mayor, a pesar de que era notoriamente “inmoral” e “ignorante”.<sup>71</sup>

Así, desde principios de 1922, Higinio Aguilar quedó práctica y legalmente, sin mando directo de fuerzas. Esto explica que no haya participado en la revuelta felicista de 1922 en Oaxaca, a pesar de las acusaciones de que estaba conspirando en su favor. Como era conocida su inclinación por rebelarse, el gobierno astutamente mantuvo una doble postura frente a Aguilar: por un lado le enajenó todas sus fuerzas armadas; por el otro, se toleraron evidentes pruebas de una mediana pero constante corrupción. No sólo el subsecretario de Guerra le había prometido evitarle “todo lo malo que le pudiera venir”, sino que durante un par de años gozó de varias gentilezas de Obregón y Calles, así como de permanentes beneficios económicos.<sup>72</sup>

A finales de 1923 y principios de 1924 estalló la rebelión delahuertista en gran parte del país. A diferencia de con el

<sup>70</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1669, 1672; t. 8, ff. 1755, 1805; t. 12, f. 2769.

<sup>71</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, ff. 1721, 1723, 1725, 1727; t. 8, ff. 1759, 1764, 1766, 1769, 1856-1857, 1865, 1873, 1931; t. 11, ff. 2757, 2759, 2761; t. 12, f. 2969. AJA, M, VIII-3, c. 15, doc. 1209.

<sup>72</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t.7, ff. 1594-1595; t. 8, ff. 1927, 1933, 1940-1941, 1961-1962; t. 9, ff. 2126, 2134; t. 12, f. 2969. Sobre la rebelión felicista de 1922, encabezada por Mario Ferrer, véase LICEAGA, 1958, pp. 723-728.

alzamiento felicista previo, que no tenía la menor oportunidad de triunfo, Higinio Aguilar sí colaboró con el delahuertismo. Más que su afición incontrolable por las armas, lo motivó a participar que el delahuertismo en Veracruz implicaba también una lucha social local, que enfrentaba a hacendados, ex felicistas, ex aguilaristas y soldados constitucionalistas conservadores, contra el gobernador agrarista Adalberto Tejeda y sus bases campesinas. El delahuertismo veracruzano fue encabezado por ex cabecillas “contrarrevolucionarios” como Gaudencio de la Llave, Carballo, Roberto Cejudo y los dos Gabay, entre otros, además de Aguilar. Sin embargo, el conflicto sociopolítico<sup>73</sup> no explica que un hombre de casi 90 años dejara la vida apacible que llevaba.

Las autoridades y él desempeñaron, otra vez, sus consabidos “papeles”. Aunque desde finales de 1923 se sabía que Higinio Aguilar conspiraba, el gobierno decidió mantenerle sus prebendas económicas, ya fueran el pago de un local y de forrajes para su Estado Mayor o su comisión como inspector del Departamento de Contraloría en Veracruz, esperando comprar así su lealtad.<sup>74</sup> Por otro lado, por la desconfianza que se le tenía, se le obligó a pasar revista diaria. A principios de 1924 se supo, “extraoficialmente”, que estaba ya en rebelión; a finales de febrero se confirmó la noticia y se le dio de baja del ejército. Su familia y el jefe de su Estado Mayor aseguraron, respectivamente, que no estaba levantado en armas sino incomunicado en Tezonapa, Veracruz —población de reciente pero gran influencia aguilarista—, u oculto en Córdoba, temeroso de Guadalupe Sánchez, él sí en abierta rebelión. Lo cierto es que Aguilar

<sup>73</sup> El caudillo mayor del movimiento fue, sin embargo, el ex constitucionalista Guadalupe Sánchez. Por su parte, otro viejo cabecilla aguilarista, Albino Cerrillo, pensó levantarse como delahuertista para luego adoptar la bandera felicista. Véanse LICEAGA, 1958, pp. 754, 760-761; HENDERSON, 1981, pp. 94, 113, 136. Sobre todo, véase GARCÍA MORALES, 1986, pp. 99-100, 114, 126. En un conocido trabajo se confirma el antitejedismo y el antiagrarismo de los militares veracruzanos. Véase TOBLER, 1971, pp. 53-58, 74.

<sup>74</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 9, ff. 2047, 2067, 2214. AJA, I, VIII-2, c. 1, doc. 34.



estaba en armas, a las órdenes, precisamente, de Guadalupe Sánchez, su antiguo perseguidor. Como delahuertista su actividad militar fue menor. A mediados de año se organizó una batida en su contra, debilitándolo y obligándolo a rendirse a finales de agosto, junto con su hijo Alfonso. Congruente con su ideología política, nombró al licenciado Esteban Maqueo Castellanos, prestigiado abogado y reconocido político conservador, para que negociara los términos de su rendición.<sup>75</sup>

Es evidente que dicha negociación le resultó provechosa, pues no sufrió represalias por su delahuertismo. Por ejemplo, no sufrió prisión, aunque durante buen tiempo se recluyera en su domicilio “a piedra y mezcla”. Por confesión de uno de sus hijos se sabe que aún en su retiro, y ya pasados los 90 años, anhelaba levantarse en armas otra vez. No se sabe con certeza si luchó una vez más contra el gobierno. A mediados de 1926 se rumoró que preparaba una rebelión para el mes de agosto, y a finales de ese año se aseguró su reaparición como rebelde en Puebla, aunque no se precisó si actuaba como uno de los primeros cristeros, o como felicista, igual que Fernando González, descendiente del colaborador y albacea de don Porfirio, Manuel González, o si era simplemente un personal exabrupto revanchista, la “patada de ahogado” de Higinio Aguilar. En caso de que se haya alzado como cristero o como felicista, habría que aceptar que detrás de esa vida de abigarradas aventuras rebeldes, Aguilar tendría una congruencia profunda, esencial, pues a casi 60 años de su primer alzamiento seguía fiel a ciertos principios: militarista, religioso y misoneísta.<sup>76</sup>

<sup>75</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 9, ff. 2081-2083, 2086-2087, 2091, 2102-2103, 2105, 2216, 2222, 2224, 2227; t. 12, ff. 2786, 2788, 2790, 2796, 2803-2804. *Excelsior* (16 oct. 1927). Luego se alegraría que tomó las armas como venganza por las vejaciones infligidas a su familia durante los interrogatorios sobre su paradero. *Excelsior* (17 oct. 1927). Maqueo Castellanos había sido acusado desde 1915 de tener ligas con Aguilar. Véase AVC, c. 47, doc. 5241.

<sup>76</sup> AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 9, f. 2115. AFD, M, c. 11, doc. 1118-a; c. 13, doc. 197-a. LIGEAGA, 1958, pp. 802, 844, 846. Recientemente, un destacado colega subrayó el carácter “mocho” y anacrónico de una de las banderas de Aguilar a finales de 1914 y principios de 1915: “religión y fueros”. Véase KNIGHT, 1986, II, p. 207.

Este último alzamiento no está confirmado; de hecho, sus familiares siempre negaron cualquier participación posterior a 1924. Lo que no está sujeto a discusión es que murió a mediados de octubre de 1927, en su domicilio. Hasta pocas semanas antes gozó de extraordinaria salud, curtido por los sanos vientos fríos provenientes del Pico de Orizaba y limpiado por las aguas medicinales de la zona de Tehuacán. Se aseguró que su salud y su ánimo declinaron al verse recluido en su domicilio de la ciudad de México, paradójico pero comprensible en un hombre lleno de cicatrices y sobreviviente de varias heridas serias y de un “tiro de gracia”.<sup>77</sup>

## VI. “EL JUICIO FINAL”

Varias cuestiones son fundamentales para la evaluación de Higinio Aguilar. La primera es dilucidar su verdadera naturaleza. Después es imprescindible analizar las condiciones que le permitieron sobrellevar y sobrevivir la revolución mexicana, lo que obliga a revisar la naturaleza de su movimiento. También resulta fundamental preguntarse si la personalidad de Aguilar incide en la definición de la revolución mexicana en su conjunto. Lo mismo puede decirse de la evaluación de su importancia real, de su legado y de las consecuencias históricas de su lucha. No deja de ser interesante cuestionarse qué tan singular fue; un último asunto sería justificar su estudio.

Higinio Aguilar fue un típico contrarrevolucionario, explicable y predecible. Militar auxiliar que languideció durante buena parte del porfiriato, lo pudo sobrevivir gracias a la tolerancia presidencial a su indisciplina y corrupción. Sin embargo, en los últimos años llegó a formar parte de la élite militar, al pasar al Ejército Permanente y al ser promovido al generalato. Asimismo, fue incluido en la élite política regional, al asignársele puestos en las administraciones de Puebla y Morelos. Estas notables mejorías le permitieron adquirir ciertos intereses, por lo que puede decirse que al fi-

<sup>77</sup> *Excelsior* (16-17 oct. 1927); *El Universal* (16 oct. 1927).

nal del porfiriato era, además de miembro de la élite político-militar, miembro de la mediana burguesía rural. Obviamente, fue ambas cosas gracias a Díaz. En cambio, careció de alternativas en el nuevo régimen.

Consecuentemente, su movimiento fue contrarrevolucionario. Durante su larga vida luchó contra los gobiernos de Juárez, Lerdo, Madero, Carranza, Obregón y Calles, y sólo apoyó los de Díaz y Huerta, y temporalmente el de Obregón. Su postura fue, indiscutiblemente, castrense, antiagrarista y políticamente reaccionaria. Su evolución fue típica: primero acudió a la conspiración y al intento del magnicidio, y luego acudió a la rebelión de militares. Una vez desarticulado el ejército del viejo régimen tuvo que buscar alianzas con diversas facciones participantes en la Revolución. Diluidas dichas alianzas, Aguilar se vio obligado a organizar un movimiento cuyas bases sociales fueran civiles, preferentemente las clases privilegiadas de la región donde operaba. Fueron éstos sus años de felicista en Veracruz y de aguilarista en Puebla. Al fracasar, su lucha tuvo que degenerar en bandidaje, para concluir en una efímera aceptación del nuevo estado de cosas. En sus últimos años pretendió repetir algunas etapas del ciclo, el que siempre tuvo, como característica, el gran peso de los antiguos miembros de los ejércitos porfirista y huertista.<sup>78</sup>

Típico no significa único. Hubo otros movimientos contrarrevolucionarios, con los que el de Higinio Aguilar tuvo simpatías y disparidades. A diferencia de Bernardo Reyes, Félix Díaz o Victoriano Huerta, nunca fue miembro de la alta jerarquía del Ejército Federal. A diferencia de Abel Ortiz Argumedo, en Yucatán, o de Alberto Pineda, en Chiapas, Aguilar jamás logró el apoyo incondicional de toda la clase alta local. A diferencia de Manuel Pelaéz, en la huasteca petrolera, nunca tuvo apoyos internacionales. Asimismo,

<sup>78</sup> Obviamente, el ciclo no es lineal. Aunque con ciertos visos de inautenticidad, un documento de finales de 1915 describe un intento de Aguilar por asesinar a Carranza mediante un anarquista poblano. Véase AVC, c. 57, doc. 6400. Respecto a la permanente presencia de soldados ex federales, véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 12, f. 2769. AJA, M, VIII-3, c. 2, doc. 150.

a diferencia de los “soberanistas” oaxaqueños, nunca tuvo prestigio político de alcance siquiera estatal. Todo esto explica que su movimiento no tuviera finanzas sanas, lo que forzó su constante indisciplina y limitó sus potenciales éxitos. No fueron éstas las únicas diferencias: Higinio Aguilar nunca tuvo un proyecto nacional de gobierno. De allí que su importancia fuera siempre dependiente de lo adecuado de la alianza en turno o de la situación militar del país.

Por lo que respecta a su constante cambio de filiación, es evidente que requirió mucho más que un atinado sentido político —léase olfato para el “chaquetazo”—, y mucho más que simple buena fortuna. Ciertamente es que Aguilar es un magnífico ejemplo de la astucia ladina llevada a su máxima expresión: la constante lucha por el beneficio propio y la sobrevivencia. Sin embargo, poder pasar periódicamente de una facción a otra exigía significar alguna ventaja para dichas facciones, o tener apoyos sociales no despreciables. Su lucha contra Madero la hizo en su región natal, apoyado y a favor del Ejército Federal. Su lucha contra Carranza fue mucho más compleja: comenzó operando con los restos del ejército huertista —federales e irregulares—, y luego aprovechó las luchas de los pueblos y autoridades de Oaxaca y Morelos contra el constitucionalismo. A partir de mediados de 1916 operó por un año con los elementos que le brindaba el felicismo, y luego lo hizo con sus propias bases en su región natal y en toda su zona de influencia. Sus años de lucha contra los presidentes sonorenses fueron los más difíciles, pues sus fuerzas se encontraban desintegradas<sup>79</sup> y se le alejó de sus regiones preferidas. Como consecuencia, sus alzamientos fueron más esporádicos y menos exitosos.

Dado que la incorporación de Aguilar a dichas facciones implicaba la aceptación por parte de éstas, permite cuestionar el purismo político de los “soberanistas” oaxaqueños; el ideológico de los zapatistas, y el supuesto partaguas habi-

<sup>79</sup> Para colmo, Celso Zepeda, el único leal de sus lugartenientes, fue asesinado a mediados de 1922 por agentes obregonistas. Véase LICEAGA, 1958, pp. 505, 511-512, 592-593, 728, 730.

do entre el porfiriato y el huertismo y la Revolución. Así haya forzado militarmente a los primeros; así su colaboración con los segundos haya tenido límites geográficos y políticos explícitos; así la unión con los sonorenses haya sido efímera y estratégica, no deja de ser revelador que las necesidades coyunturales pesaran más que los principios políticos. Afortunadamente, al menos respecto a Aguilar, éste no fue el caso con maderistas y carrancistas.

¿Fue el movimiento aguilarista, simplemente, una de las varias expresiones de la lucha contrarrevolucionaria de las élites político-militar y agraria del porfiriato? Es evidente el peso de la jerarquía y de la ideología castrense en su lucha, a pesar de que fueran disminuyendo con los años. También es evidente, por la disolución del aparato estatal anterior, la participación de viejos burócratas y políticos locales en el movimiento aguilarista. Asimismo, es obvio que el financiamiento civil más importante del movimiento provino no sólo de los hacendados sino también de los comerciantes locales.<sup>80</sup> Sin embargo, es incuestionable que Higinio Aguilar jamás perdió la veta popular de sus orígenes más remotos. Así se explican sus relaciones con sus soldados y con las poblaciones donde operó. Si bien es cierto que acudió a los métodos de reclutamiento forzoso —“la leva”—, bien conocidos por cualquier militar porfirista, y que se nutrió de las constantes defecciones que sufrían casi todas las facciones participantes en la Revolución, también es cierto que tuvo un constante apoyo popular, de gente que veía en las armas la mejor forma de superar la crisis económica que asoló al país entre 1915 y 1920, o de gente que veía en su ejército la mejor manera de protestar por los males sociales sufridos en la región. Todo esto explica su conducta en cierta medida guerrillera: su buena relación con sus soldados y la condescendencia con cierta dosis de saqueos e indisciplina.<sup>81</sup>

Como experimentado soldado y guerrillero, Aguilar sabía que los excesos contra las poblaciones no podían ser indiscri-

<sup>80</sup> AVC, c. 24, doc. 2396; c. 32, doc. 3426; c. 53, doc. 5874.

<sup>81</sup> AVC, c. 40, doc. 4358; c. 49, doc. 5421; c. 151, doc. 17262. *Excelsior* (16-17 oct. 1927); *El Universal* (16 oct. 1927).

minados. Dado que casi siempre operó en regiones que le eran familiares, y que dependía en alto grado del apoyo y la simpatía de los vecinos, cuidó al máximo su relación con ciertas poblaciones. Puede decirse que, en general, prefería atacar ferrocarriles —lo móvil— antes que poblaciones: mientras que fue un auténtico azote con los primeros, con algunas de las otras fue hasta generoso. Prueba de su inteligente actitud fue que mientras cometió excesos con poblaciones lejanas, como Oaxaca —donde provocó un grave incendio antes de evacuarla— y Gutiérrez Zamora, a principios de 1920, no lo hizo con las que tenía viejas ligas y cuyo apoyo era clave para su lucha, como Tehuacán, Teotitlán o Tezonapa, por ejemplo. Asimismo, al establecerse en una zona acostumbraba, esquilmar varios poblados, de los que se mantenía y mantener buenas relaciones con otros, en los que habitaba. El ejemplo extremo es San Andrés Chalchicomula, su ciudad natal y la población más importante de la región donde nació, política y religiosamente: su devoción por la virgen de la Concepción impidió que la atacara.<sup>82</sup>

El legado de Higinio Aguilar fue personal e institucional. Se sabe que heredó profesión e ideología a un par de sus hijos: Alfonso y Ricardo, por lo menos. Es evidente que también hubo continuidad genética en cuanto a moral, inteligencia y cultura. Sin embargo, es preciso reconocer algunas diferencias entre ellos. Alfonso, el que fuera jefe de su Estado Mayor, aprovechó la revuelta de Agua Prieta para pasar de rebelde a soldado gubernamental; como su padre, obtuvo prebendas —recuérdese su comisión en Alemania—, a pesar de lo cual se alzó como delahuertista. Heredó también su escasa moralidad: además de corrupto, fue cómplice en el asesinato de un coronel testigo de sus fechorías. Ricardo, en cambio, tuvo siempre manifestaciones de lealtad y congruencia: hizo estudios en el Colegio Militar y llegó a coronel en el Ejército Federal. Fue al exilio luego de luchar

<sup>82</sup> Véase nota 51. También AVC, c. 41, doc. 4453; c. 44, doc. 4855; c. 108, doc. 12446; c. 113, doc. 12957. *Excelsior* (16 oct. 1927). Sobre San Andrés Chalchicomula, véase “El ‘coco’ Aguilar”. Respecto a la toma de Gutiérrez Zamora, véase LICEAGA, 1958, p. 598.



Última aventura del longevo rebelde.

como felicista, pero en lugar de amnistiarse con el aguaprietismo, permaneció en El Paso, Texas, viviendo de empleos humildes. Ricardo era de los pocos que a finales de 1927 seguía creyendo en Félix Díaz “con fe ciega”.<sup>83</sup>

¿Cuál fue la importancia de Aguilar? ¿Por qué su fama? En parte debe ésta a su singular y conmovedora iconografía y a su “folklórico” oportunismo; en parte, a ser utilizado por la historiografía oficial de manera maniquea, como arquetipo de la contrarrevolución. Sin duda su importancia radicó en haber operado siempre en la estratégica región de las dos vías férreas que comunicaban a la capital del país con el fundamental puerto de Veracruz. Es más, su importancia pudo haber sido capital, pues a mediados de 1915 pudo haber entorpecido la línea de aprovisionamiento de los carrancistas en su lucha contra Villa, entre Veracruz y el centro del país, pero Aguilar no quiso involucrarse en dicho conflicto, o se sabía incapaz de sortear la represalia constitucionalista.<sup>84</sup> Su lucha fue importante también en tanto expresión de grupos militares del antiguo régimen, y de grupos de rancheros y hacendados de la región oriental del país, contrarios a los principios revolucionarios y a la potencial reforma agraria.

Higinio Aguilar es un ejemplo entre otros de las herencias del antiguo al nuevo régimen, posible por la ingenuidad y magnanimidad maderistas; por la corrupción y la incapacidad carrancistas, y por las transacciones que los sonorenses tuvieron que hacer para triunfar y obtener el ansiado poder. Sin embargo, las secuelas de su incorporación al nuevo gobierno fueron mínimas, pues su ideología y conducta forzaron un rápido aislamiento y un pronto rompimiento. En to-

<sup>83</sup> Se consigna asimismo la existencia de un Higinio Jr. también coronel ex federal y residente de El Paso, por lo que pudiera tratarse de Ricardo. Supuestamente, Higinio Jr. rechazó una invitación para participar en un movimiento que habría de estallar a finales de 1924 y principios de 1925, encabezado colectivamente por Félix Díaz, Ángel Flores, Pablo González y Adolfo de la Huerta. Véase AHSDN, C, XI/III/1-1/t. 7, f. 1588; t. 8, f. 1931; t. 11, f. 2769; t. 12, f. 2790. AFD, M, c. 5, doc. 524-b; c. 11, docs. 1095-a, 1118-b. LICEAGA, 1958, pp. 766-767.

<sup>84</sup> AVC, c. 44, doc. 4855.



do caso, su edad hubiera hecho que la coexistencia fuera breve. Afortunadamente, hubo muy pocos como él, por no decir ninguno. Aguilar era un vestigio del pasado, una sobrevivencia decimonónica. Su pacífica muerte es reveladora de que su especie estaba en extinción.<sup>85</sup> No obstante, el conocimiento de su novelesca biografía puede ser útil no para desmentir sino para dar contenido a su leyenda. De cualquier modo, y a pesar de los servicios que prestó a la patria —dicen que se batió “como un león” contra los franceses—,<sup>86</sup> su ejemplo debe servir como censura al peor militarismo y como advertencia contra los riesgos, en cualquier época, de la corrupción, la ignorancia y el oportunismo.\*

## SIGLAS Y REFERENCIAS

- ABR, C Archivo Bernardo Reyes, *Correspondencia*, México, Condumex.  
 AEZ Archivo Emiliano Zapata, México, AGN.  
 AFD, M Archivo Félix Díaz, *Manuscritos*, México, Condumex.  
 AFLB, M Archivo Francisco León de la Barra, *Manuscritos*, México, Condumex.  
 AGMC Archivo Gildardo Magaña Cerda, México, UNAM.  
 AHSDN, C Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, Ramo *Cancelados*, México.  
 AHSDN  
 (f. L.M.) Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional (fichero Luis Muro), México, El Colegio de México.  
 AJA, M Archivo Jenaro Amezcua, *Manuscritos*, México, Condumex.

<sup>85</sup> Así la interpretó Julio Jiménez Rueda en un editorial a pocos días de “la muerte del guerrillero”. Véase *Excelsior* (20 oct. 1927).

<sup>86</sup> *Excelsior* (16 oct. 1927).

\* La presente investigación pudo realizarse por el apoyo de varios funcionarios de algunos repositorios documentales. En el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional gocé de la confianza del que entonces fuera su director, el general de Brigada D. de Estado Mayor, Mario Pérez Torres, así como de las gentilezas de la teniente coronel Margarita López Esquivel y del teniente Luis Eduardo López Aguilar. En Condumex, como siempre, recibí el apoyo de su entonces director, Juan Luis Mutiozábal, y de Josefina Moguel.

- AJA, I Archivo Jenaro Amezcua, *Impresos*, Condumex.  
 AJB, PJP Archivo Juan Barragán Rodríguez, *Primera Jefatura y Presidencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- APD Archivo Porfirio Díaz, México, Universidad Iberoamericana.
- ASG, PR Archivo de la Secretaría de Gobernación, *Periodo Revolucionario*, México, Archivo General de la Nación.
- AVC Archivo Venustiano Carranza, *Manuscritos*, México, Condumex.
- AVC, TP Archivo Venustiano Carranza, *Telegramas Puebla*, Condumex.
- AVC, TV Archivo Venustiano Carranza, *Telegramas Veracruz*, Condumex.
- DHRM *Documentos históricos de la Revolución Mexicana*.  
 DMR *Documents of the Mexican Revolution*.
- NAW, RDS National Archives Washington, D.C. Records of the Department of State.
- PNM *Planes en la Nación Mexicana*.  
 PP *Planes políticos y otros documentos*.
- ARENAS GUZMÁN, Diego  
 1964 *Los tratados de Teoloyucan y la disolución del Ejército Federal*. México: Secretaría de Gobernación.
- BARRAGÁN RODRÍGUEZ, Juan  
 1985-1986 *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 3 vols.
- CASASOLA, Gustavo  
 1973 *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana*. México: Editorial Trillas, 10 vols.
- CORDERO, Enrique  
 1958 *Diccionario General de Puebla*. Puebla.
- CORZO RAMÍREZ, Ricardo *et al.*  
 1990 *...nunca un desleal*. México: El Colegio de México.
- CUMBERLAND, Charles  
 1951 "The Jenkins Case and Mexican-American Relations", en *The Hispanic American Historical Review*, XXI:4 (nov.), pp. 586-607.
- "El 'coco' "  
 1937 "El 'coco' Aguilar cumplió su promesa", en *Mujeres y deportes* (11 dic.).

- FALCÓN, Romana y Soledad GARCÍA  
1990 *La semilla en el surco*. México: El Colegio de México.
- GARCÍA, Guadalupe J.  
1955 *La sierra de Huautla en la gesta oaxaqueña. La soberanía de Oaxaca en los ideales de la Revolución*. México: s.p.i.
- GARCÍA MORALES, Soledad  
1986 *La rebelión delahuertista en Veracruz*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- GARCÍADIEGO DANTÁN, Francisco Javier  
1981 "Revolución constitucionalista y contrarrevolución (movimientos reaccionarios en México, 1914-1920)". Tesis de Doctorado. México: El Colegio de México.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel  
1974 *La revolución social de México*. 3 vols. México: Fondo de Cultura Económica.
- HENDERSON, Peter  
1981 *Félix Díaz, the Porfirians and the Mexican Revolution*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia  
1989 "Origen y ocaso del ejército porfiriano", en *Historia Mexicana*, xxxix:1(153) (jul.-sep.), pp. 257-296.
- KATZ, Friedrich  
1981 *The Secret War*. Chicago: The University of Chicago Press.
- KNIGHT, Alan  
1986 *The Mexican Revolution*. 2 vols. Cambridge: Cambridge, University Press.
- LA FRANCE, David  
1989 *The Mexican Revolution in Puebla, 1908-1913*. Delaware: SR. Books.
- LICEAGA, Luis  
1958 *Félix Díaz*. México: Editorial Jus.
- MAGAÑA, Gildardo  
1985 *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. 5 vols. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

MEYER, Eugenia

- 1967 *Reseña biográfica de Gerónimo Treviño (1836-1914)*. México: Secretaría de Educación Pública.

PASQUEL, Leonardo

- 1985 *Veracruzanos en la Revolución*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

QUIROZ, Sonia

- 1982 "De guerreros a generales". Tesis de Licenciatura. México: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

ROBLES, Vito Alessio

- 1955 "El banquete que me ofreció Victoriano Huerta", en *Todo* (17 y 24 mar.).

RUIZ, Ángeles

- 1980 *Benjamín Argumedo and the Mexican Revolution*, Chicago: The University of Chicago (mecanuscrito).

RUIZ CERVANTES, Francisco José

- 1986 *La revolución en Oaxaca, 1915-1920*. México: Fondo de Cultura Económica.

SÁNCHEZ LAMERGO, Miguel

- 1979 *Historia militar de la revolución zapatista bajo el régimen huertista*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

TOBLER, Hans-Werner

- 1971 "Las paradojas del ejército revolucionario", en *Historia Mexicana*, xxi:1(81) (jul.-sep.), pp. 38-79.

WOMACK, John

- 1969 *Zapata and the Mexican Revolution*. Nueva York: Alfred Knopf.